RAMACHOL

Tipo-lito. Terceño. Beneficencia, 3,

RAMAGHOL

Tipo-lito. Terceño. Beneficencia, 2,

LA RAZON DE LAS PAGINAS SIGUIENTES

Leí un articulo del notable publicista Mr. G. Tardé, en uno de los últimos números de la Revista "Archives d' anthropologie criminelle et de criminologie„ cuya materia es tan de actualidad, que no puede menos de producir ansiedad, á cuantos huyan de frivolidades.

Trata el artículo de esa, que yo llamo enfermedad pasagera, conque quiere señalarse el fin del siglo XIX, como con otra, de donde partió el virus del actual, á que me estoy refiriendo, se señaló igual periódo del XVIII.

Ocurrióseme todo cuanto sirva de refuerzo á la teoría que profeso de que á los niños, á los dementes y á otros seres, que omito clasificar y nombrar con un fundamento que reservo, pidiendo se me escuse amparado en el estimulo que me guía, no hay nada que les perjudique más si se desea correjir la travesura, la demencia ó el resabio que el avivar de un modo ú otro sus instintos en aquel sentido; lograndose mucho más en el camino de la corrección usando cuantos medios conduzcan al aquietamiento y, por el aquietamiento, á la atrofia, ó desaparición de aquello que señaló la necesidad correctiva. A mi entender, es seguir camino perjudicial todo debate sobre las teorias del artículo aludido, cosa innecesaria para adoptar medidas curativas, y como el asunto es de suyo abrumador y de imprescindible atención para exijir el concurso de cuantos amen la civilización, requiriendose que hasta los mancos cooperemos á su remedio, aún en la limitadísima medida de nuestras fuerzas, con tal que los actos cooperativos no dañen y se inspiren en nobles aspiraciones, á que jamás, ni en parte alguna, se negó el respeto, de ahí la idea de dar á la estampa lo qne por indigno que pueda resultar en el mundo de las letras y de la filosofía, reflejará es seguro, sanas y leales intenciones.

Y no escojí el medio de la novela á que algunos críticos se inclinan frente á los que opinan debe imprimirse y no representarse la obra dramática, porque, aparte de estar preparada la presente á justa medida escénica, con recortes que en nada interrumpan la acción ni perjudiquen el nudo, ni el caràcter típico, ni el desenlace, me ha parecido con esta forma hacerla más asequible á las multitudes á que sin duda, llegarán las glosas, quizás incultas pero, de seguro, apasionadas, de los

sostenedores de la idea aludida, que sustenta el notable publicista, si es que puede esperar la suerte de que llegue á ellas, algo que ha de ser pobre como fruto de manos inhábiles por naturaleza y, por ende, empobrecidas después, aunque pueda honrarse su dueño del motivo que las empobreciera. Contentárase esté de que su actual trabajo, pobre y todo, contribuyera al fin que se propone, siquiera fuese en grado igual, con haber sido en la proporción de uno á las cien mil víctimas de íguales esfuerzos en Cuba, como con los suyos allí, nublandose sus horizontes en la partida, contribuyera á otro apreciado con igual é imperecedero valor por toda España.

Desde el oscuro, desmantelado y triste Cuartel de los Invalidos, opongo á la opinión del renombrado publicista extranjero, la mía modesta pero española y resuelta. Contra aquellos odios á que alude el publicista, frutos de error y de la propaganda, en mi sentir, porque nadie negará que no son espontaneos, opongo la verdad y la propaganda también, más fácil la mía porque es lícita y humanitaria. Ella ola, la de la verdad, labrará la unión de los más con los menos, la concordia y el estrecho lazo de los cuerdos contra los locos, ó los descarriados por las predicaciones que á sabiendas dañan ó dañan por dirijidas inconscientemente á auditorios que no las entienden, à los cuales si crecieran de momento, por no combatir cual se debe á los predicadores, someteríamos á la camisa de fuerza las numerosas legiones que en grueso contingente, alistará la verdad, rob ustecidas esas fuerzas por la fé, elemento poderosísimo del valor y de las enerjías que tampoco echa en olvido el domador de fieras.

Madrid, Julio de 1894

L. F. F

FÉ DE ERRATAS

Pagina	Linea.	Dice.	Debe decir.
3	17	Ola.	Sola.
8	5	Constitución.	Institución.
14	17,18	Convenencias.	Conveniencias.
26	12	Sengladura.	Singladura.
25	12	Vengo.	Acabo.
42	27	Safisticaciones.	Sofisticaciones.
43	29	Padeles.	Papeles.
55	6	Nunca.	
60	24	Lucas.	Gildo.
»	25	Marquesa.	Lucas.

717781

PERSONAJES

—

DUQUE DE LA ESCELSA NOTA, (Ravachol.) (tipo varonil y elegante, sin aliño.)

D. LUCAS, marino mercante. (razonador por temperamento, y amante de la verdad.)

ROSENDO DEL ALBA, abogado. (hombre de estudio cuyo vestir revela decorosa reserva del más precario estado de fortuna.)

DOÑA MAGDALENA, madre de este. (tipo de la mayor modestia y cultura.)

MARQUÉS DEL FRONTON. (vano y desalmado.)

MARQUESA DEL FRONTON, (frívola y necia.)

LUCIA, LUISA, { hijas de los últimos, (cultas y educadas, algo tímida la primera, resuelta y un carácter entero la segunda.)

CRIADO, ayuda de cámara de la casa de los marqueses. timorato, hombre de visible y resuelta buena fé.)

GILDO, también ayuda de cámara de dicha casa. (tipo despejado y de la más exacta petulancia, aunque nada payaso. No es caricatura, sino tipo realmente presumido. Fácil para el actor, porque pululan los modelos en todas las clases de la sociedad.)

AGENTE de orden público, 1.°

AGENTE, íd. íd 2.°

Los tres actos se desarrollan en Madrid, y en la misma casa y habitación.

ACTO PRIMERO

La escena representa un salón de caballero. Superabundancia en todo el decorado y mobiliario. Biblioteca y mesa de escribir. Armas antiguas y modernas en ostentación de lujo, más que en significación de aficiones. Objetos varios que caractericen al acaudalado que ostenta, más que al hombre de confort y de buen gusto.

ESCENA PRIMERA

DON LUCAS Y EL MARQUÉS

MARQ. Nada, Lucas, lo dicho dicho, nadie gana en talento al presidente.

LUCAS. Sus grados de talento, los conozco; lo que me falta averiguar, es si lo crees ó lo dices sólo de labios afuera.

MARQ. Tengo la convicción de que cuanto ocurre en España en este momento histórico (con sorna) se le debe. Hasta diría que creo que si llueve cuando conviene es porque él lo prevee y lo quiere.

LUCAS. ¡Vamos! que si yo no me supiera de memoria tus sentimientos, había de llamarte por esas frases un hombre realmente agradecido.

MARQ. Poco me importa oirme llamar presumido, pero tengo la seguridad de que sin millones, hubiera obtenido y llegado por mi solo esfuerzo, á cuanto llegue y pueda llegar á ser, poseyéndolos.

LUCAS. No te incumben, sino gracias al altísimo, porque eres el

hombre de la mayor estrella que ha nacido. Cual la de ese presidente, se te viene á las manos, todo cuanto empuja hacia arriba y barre para adentro.

Y por si la suerte de aquel se nubla, mantienes puentes para el entrante y puentes para el saliente, y como te ayuda, que unos y otros te crean útil, porque ignoran como las gastas, no bendices tu estrella, y eres y serás, de los que cuentan por estatura propia, el pedestal en que les colocó la fortuna.

ESCENA II.

DICHOS, Y LUISA

LUISA. Dispensen ustedes mi entrada pero, ¿han visto ustedes á mamá?

MARQ. (Vuelve la cabeza con mohin de mal humor.)

LUCAS. No; Luisita, aquí no entró.

LUISA. Perdónenme, pues. Quedamos en el almuerzo con mamá, delante de ustedes, que en la sala verde haríamos las listas de invitados. La esperamos allí con mi hermana, y nos dijo que aquí, donde tiene mi padre los libros de direcciones.

ESCENA III.

DICHOS, Y LUCIA

LUCIA. Nada tampoco aquí. ¿Entenderíamos mal á mamá querida hermana?

LUISA. ¡Ah no! Tu sabes que yo me fijo mucho en las cosas, y que mamá ha dicho aquí, no hay duda.

MARQ. Si, pero aquí... (espresando reprobación.)

LUCIA. Eso quiere decir...

LUISA. Sí... sí... entendido: que estorbamos. Papá disimulará, si la obediencia á otro mandato, nos hace volver por sus cotos reservados.

ESCENA IV.

LUCAS Y MARQUÉS

LUCAS. ¡Es divina esta criatura!... ¡Las dos!... no tienes perdón del cielo, por el desden que guardas para tu hogar.

MARQ. ¿Mi hogar? ¡Bien encendido está!... A lo menos la leña que gasto es mucha.

LUCAS. ¡La leña!... ¡la leña!... no es dinero lo que calienta los hogares... Esa leña la cortó tu padre en los montes virgenes de América, y no paró hasta fundar toda una villa, donde los bosques enmarañados, cubrían la luz del sol. Solo pensó en crear familia al haberse enriquecido.

MARQ. Quiere decir que al revés de mi, salió del mundo al hacerse padre.

LUCAS. Y tu has sido padre, sin haber aprendido los grandes deberes, que también la patria, ímpone á la paternidad. ¡Ahora están de moda los sietemesinos!

MARQ. ¡Caramba! ¡Buen número tenemos en el Congreso!

LUCAS. ¿De sietemesinos ó de padres? De lo uno y de lo otro ¿verdad?.

MARQ. Todos quieren serlo de la patria.

LUCAS. Como tú, los más, aspiran solo á su provecho. los pobres á salir de apuros, los rícos á figurar. Nada de trabajar, producir ni enseñar. Medrar, crecer, prosperar.

MARQ. ¡Ja!... ¡Ja!... ¡Ja!...

LUCAS. Riete, riete, Marqués. No te reiras más que yo. El padre, como el tutor, deben amor y enseñanza. No tereiras más que yo, que la jovialidad se hermana con la tranquilidad de conciencia.

MARQ. La tengo. Vivo sin necesidad de robar ni de dañar.

LUCAS. Pero dañas por miedo ó por egoismo y no estudiar tu deber, Con la necesidad, robarías ó consentirías robar. De risas como las tuyas queda chato el orden público,

MARQ. ¡Ja!... ¡Ja!...

LUCAS. Esas carcajadas enjendran jurados tan chatos como los chatos de San Lorenzo. Chatos que fueron fieras, jurados que fueron débiles. Las torcidas ó las malas enseñanzas nos dan chatos que horroricen, chata la vindicta pública y chata constitución muy seria.

ESCENA V.

DICHOS, LUISA Y LUCIA

(Por distintas puertas hacen ademán de haber andado en valde.)

LUISA. Mira, Lucía; tú, á la estufa. Yo, á la serre. La recalada aquí, como diría D. Lucas.

LUCAS. Juntos también, vuestro abuelo y yo, recalamos en la Bahía de la Habana, y así quiso él, al verme ciego, que mi última recalada, fuese en un piso de este palacio que se empeñó usufructuase. Por compensación, me impuso la imposible tutoría que ya acabó, pero no se salir de este sollado, más que para acudir á mi diaria busca de noticias.

MARQ. Podrás decir, que has sido de los pocos tutores que no riñeron con el pupilo.

LUISA. Mamá ha dicho muchas veces que decuplicó usted, la herencia de mi abuelo.

MARQ. ¿Queréis buscar á vuestra madre si ó no?

LUCAS. (á las hermanas que se van por puertas distintas haciendose antes entre sí, ellas, una señal de inteligencia.) No; si eso no quiere él confesarmelo (al Marqués.) Siempre serás el mismo. Avaro, en cuanto no sea darte esterior importancia; y por eso, con tus riquezas, eres un hongo solitario, que ni quiere á nadie, ni es querido.

MARQ. Bien sabe el Presidente mi cariño.

ESCENA VI.

MARQUÉS, LUCAS Y MARQUESA

MARQ.ª (Muy peripuesta y con sombrero y toiletto de carreras de caba

llos, sale al despacho por puerta distinta de la que usaron sus hijas.) Será que tengo aversión á los libros, pero á este despacho, sólo la necesidad me atrae. Todavía están ustedes aquí... Como siempre... disputando. (Se dirige á la biblioteca y saca un libro de direcciones que repasa.)

LUCAS. No soy discutidor... Usted lo sabe, pues paso, como el guardían de la casa, todo el día con ustedes. Aunque marino, lo fuí mercante, y al ver á los piratas y corsarios que alcancé en mis juventudes, biraba en redondo, si había lugar y echaba al viento todo el trapo.

MARQ. Yo no consiento biradas, sin irme al abordaje, y por eso, Lucas, no batalla más que conmigo.

LUCAS. No te sabía pirata... Mas á confesión de parte... ¡Su suerte es saber que conmigo no reñirá nunca! En lo único en que no has sido afortunado, ha sido en la variedad de preceptores.

MARQ.ª Pero la tuvo en la tutoría. Dígalo el caudal hereditario.

LUCAS. Pues y el Administrador y el Cajero y el Secretario, tres señores á quienes la desgracia, impuso aceptar tres destinos, inretribuidos y siempre desconsiderados y ultrajados.

MARQ. A miles hubo los pretendientes...

LUCAS. Ya... ya... Estrella... siempre estrella... ¡Si por tener suerte este muchacho, hasta le vale tenga yo invertidos todos mis ahorros en la Deuda pública!

MARQ. No veo la congruencia...

LUCAS. ¿No? ¿Pues dime?... ¿Quien sino yo te defiende para esas ventas en el alza y las compras en las bajas? ¿Quién sino yo recorre las redacciones... molestándome lá lectura... ¿Oyes?... ¿las redacciones de los periódicos donde se saben, se inquieren y se huelen las verdades, que muchas veces han de llegar al público confundidas, so pena de tirar una edición cada segundo?

MARQ. ¡Si no ando listo una vez! ¡caramba! ¡y que bajon!

LUCAS. Que te valió sendos miles por oirme.

MARQ. ¡Qué diablo! no fué por oirte sino por vender á tiempo y readquirir y revender tres veces.

LUCAS. Pero vendistes y revendistes por...

ESCENA VII.

DICHOS, LUISA Y LUCIA

(que entran juntas.)

LUISA. Por fin la hallamos mamá. Y con tu proposito de no faltar á las carreras... adios listas por hoy...

MARQ.ª Y mañana, menos... (con enfasi.) votación solemne en la perrera.

LUISA. Mi madre se burla y tiene puesto empeño decidido, en la candidatura de hoy.

LUCAS. En esa exposición ¿quién vence, Marquesa, los mejores perros ó los amos de más tono?

MARQ.ª (con encono.) Ganar á la altiva castellana, es todo el empeño mío. Por eso estoy corriendo desde después de almorzar, y sino fuera por las carreras de hoy... Todo por derrotarla.

LUCAS. Dificílillo lo veo, Marquesa. Tiene un seter que vale más de lo que pesa porque es indiscutible el mérito monstruoso de aquel cuatro ojos. Y lo que su fiereza no le deja alcanzar, para la general simpatía, lo adquiere y lo compensa con arte y gracia exquisita, su señora y dueña, á fuerza de invitaciones y agasajos que multiplican admiradores.

MARQ.ª Compitiera yo en convites con ella, sin ese diablo de Fran-Klin, á quien sigue el Marqués con la mayor constancia.

LUISA. ¿No tendrían más mérito que esa clase de conquistas, lograr que prevaleciera la dulzura y agrado, sobre el instinto repulsivo y obtener fuera de verdad símpático y de verdad querido? Buscar ese cambio seria lo leal, y para mi

la lealtad es ante todo. Por eso amo los perros y los caballos.

MARQ.ª Pase por las aficiones hípicas, pero no lleves la locura, hasta cruzar apuestas en las carreras de esta tarde.

LUCAS. Las carreras las han dado de veras estas pollitas, pero el premio que ganan las vale.

LUISA. El premio está por ver, D. Lucas; que la Directora del colegio nuestro, asegura con su experiencia de gran dama, que en las recepciones de una casa, se gana ó gran prestigio ó gran ridículo.

MARQ.ª Enseguidita nos acreditamos con el cotillon que propusieron estas chicas... (á una señal de curiosidad de D. Lucas.) Pues no idearon en vez de las figuras, imponer á los que bailan una visita caritativa...

LUCAS. (Moviendo la cabeza con paternal reprobación.) No; no es práctico eso, Lucia. Porque supongo es Lucía la...

LUISA. No señor, D. Lucas. Fui yo, que sabe V. soy independiente, dentro del mayor respecto, y digo con lealtad resuelta, que si la cosa es buena, no hay consultas que valgan, ni modas que imperen, ni high life que critique, ni disciplina imponible, ni leader por soportar.

LUCAS. Si Luisita; pero el gran mundo es un déspota, y no habiendo fuerza que lo domine, solo cabe soportarle hasta el día de la redención.

LUCIA. V. perdone D. Lucas. Nosotras ante todo, sumisas á mamá: pero mi hermana dice, como la Directora, que con talento, paciencia y tacto sostenido, se desenmascara y se domeña, aun al bárbaro absolutismo; y la historia...

LUCAS, (Con expresión condescendiente.) A ver la idea de Luisita; á verla; que nunca por sistema admito yo la reprobación. Eso es soberbia y no autoridad ségura, Y abordo, que es donde menos puede prescindirse de ella, oia yo el parecer, hasta del grumete de la cofa del mesana.

LUISA. (Modestamente pero con convicción.) Yo idearía un cotillón

esplendido y provechoso, cosas que creo fáciles con dinero (señal de aprobación de D. Lucas; gesto de padre y madre.) Una rica bombonera ó el caprichoso juguete, pueden contener á un tiempo, bombones exquisitos para la que danza, y un bono de carne, arroz y pan, para un pobre, que visitaría la familia de cada pareja.

MARQ.ª Ó no la visitaría.

LUISA. (Replicando.) O advertidos, agradeciendolo, ó cojidos en el garlito, quedarían todos sometidos á la indirecta de ver escritos en ese bono caritativo, la dirección y la historia de las necesidades de aquel, que á priori habriamos cuidado de investigar.

MARQ. Se reirían muchos del alarde...

LUISA. Pero el socorro llegaría. Bien veo que Vds. dan el suyo á esas invitaciones ducales y condales, que llegan con varias butacas y palcos para funciones de beneficencia, en que quizas el mayor número de óbolos sea para pasto de vanídades.

LUCAS. (Se muestra indeciso.)

MARQ.ª Pero D. Lucas... ¿V. no se ha fijado en la cosa?... De modo que si había 300 regalos, teníamos sobre nuestras costillas 300 visitas para empezar... y que visitas!... que palacios!... que escaleras!... ascendentes!...

MARQ. No: las visitas serian lo de menos, porque podría hacerlas un domestico. (Luisa y Lucía hacen triste gesto de disgusto) pero lo que tendria yo que pagar serían los 300 bonos, más las 300 bomboneras, más los 300 millares de bombones.

MARQ.ª Para luego oir los 300 millones de rechiflas.

MARQ. Si le digo á V. que estas chicas piensan...

LUCIA. (Modesta.) Papá no cuenta, que Luisa dice, que á esos gastos aplicaría lo que hubiera de costar nuestro tocado y la modistería, pues recordando siempre á nuestra Directora. que antes de serlo tuvo grandes fiestas. deben los dueños

de la casa recibir, estremando las toilettes modestas.

MARQ.ª ¡Que disparate!...

LUISA. (Con candor y jovialidad.) Me parece todo eso muy liberal... y como V. (á su padre) pertenece al partido...

LUCAS. Claro... las hijas... (aparte.) ¡Lástima de prole! (alto.) Pero si todo eso es de boquilla... Cuando conviene, liberales... si interesa conservadores, como en lo de los bonos y las bomboneras; y conviniendo, hasta demagogos.

MARQ.ª ?Batalla tenemos?...

LUCAS. No señora no, que estamos en el vestíbulo del gran baile celebración de esa grandeza buscada y pretendida, pero inesperada.

MARQ. La prensa nos mete en ese gasto.

MARQ.ª Y sin la prensa... que por algo habra hablado.

LUCAS. Vamos que una grandeza...

MARQ. Ya la veredes en el discurso de covertura.

LUCAS. (con retintin.) ¿Que diría el Presidente?...

MARQ.ª (Con tono de protesta.) La grandeza, es cierto que se la debemos D. Lucas, pero aparte del adorno social que nos reporta, éramos antes igualmente importantes..... Los millones...

MARQ. Mi mujer tiene razón querido Lucas y quedaste sin respuesta.

LUCAS. De todos modos la gratitud paréceme deberse á algo más alto... Pero ante las damas calló siempre la verdad molesta, y la Sra. Marquesa sabe que nuestras polémicas son constantemente amistosas, y que asi esta amistad, como todo lo que es y tiene el marqués, se lo amasan y se lo guisan.

MARQ. Y yo me lo como... Ese es el talento.

LUCAS. Si, talento absoluto.

MARQ. El talento absoluto consiste en ir á la suya de continuo, salvando los tropiezos.

LUCAS. De modo que es talento, negarlo en público, si combates al Presidente y le socavas su pedestal y le preparas la caida.

MARQ. Yo no hago eso.

LUCAS. Pero caracoleas y te insinuas alrededor de los que dirigen ese movimiento, y preparas intimidades, con los que lo ejecutan. Por eso te escuece el acto público de una fiesta.

MARQ. Talento, Lucas talento.

LUCAS. Yo por el contrario, llamo talento en la humana limitación, al saber mantener el más exacto y estable equilibrio entre nuestros actos lícitos y el concepto general de nuestros conciudadanos.

El mundo confunde con esa cualidad preciosa el desenfado y la osadía, de que á todos sería dable echar mano, y los cuales no aceptarán á precio ninguno las conciencias rectas. Estas sacrifican las transitorias convenencias á la convenencia duradera, esto es, á la tranquilidad y al concepto. El talento está en esas superiosísimas previsiones, que pueden tenerse con libros y sin ellos, con monedas y sin monedas. (Luísa y Lucía muestras de aprobación.)

MARQ.ª Claro está que el concepto nuestro, exije esa gran fiesta, de que ya la prensa habla.

MARQ. La cosa, es cierto, vale mayores dispendios que los que he hecho. Por eso tolero la escitación periodística.

MARQ.ª Resalta en la prensa la opinión pública...

LUCAS. Lo que verás al fin es que si no haces el gasto, te sacan en solfa... A todos les costarían más caros los honores que disfrutas; que nadie te niega la cualidad de económico.

MARQ. Fran-Klin...

LUCAS. Es de tu enciclopedia el único autor que logró impresionarte.

LUISA. (entra seria y jocosa.) Pero esta guerra al autor de mis días

ataca la diciplina doméstica. D. Lucas, en el colegio cimentaron en mi esos principios y me duele faltar á usted si...

LUCIA. Hemos de buscar refuerzos para el lado de papá.

ESCENA VIII.

DICHOS, Y ROSENDO

LUCIA. (á Rosendo, que entra.) Rosendo que es abogado blandirá sus armas con D. Lucas, mientras adelantamos las listas.

ROSD. (muy respetuoso.) Creería ofender al señor Marqués, inmiscuyendome (trae un libro en la mano con el que sin hacer visos de desatento se entretiene para no ser índiscreto cuando no le hablan.)

MARQ. (con cortesia trabajosa y estudiada.) ¿Qué se dice por ahí?...

ROSD. (modestamente.) Yo desecho el escuchar...

MARQ. Pues en Madrid es de rigor vivir con los oidos.

LUCAS. Para los desocupados, sí.

LUCIA. (suplicante.) D. Lucas...

LUCAS. Me postraré gustoso ante los ángeles, pero me revelo ante los caciques. Como si liberal y cacique cupieran juntos... (dirígiendose á las niñas.) Si papá llega á ministro, como ansía, no habrá carlista que á déspota se le iguale.

MARQ. Ya concedes que puedo llegar... Pero olvidas que usando á tiempo la palabra libertad, quedan muchas gentes satisfechas.

LUCAS. (furioso.) Niñas, por Dios. Marquesa, por la virgen. Pidan ustedes prudencia al jefe de la casa, porque salgo de quicio al ver hollados los sanos principios, por su boca y su osadia.

MARQ.ª Vamos, señores, les ruego paz y concordia y que nos ayuden á hacer las listas de convidados.

LUISA. Papá ¿no es la hora del Congreso?

MARQ. (dando un salto al ver el reloj y tocando al timbre y haciendo al criado, que entra, señal de que quiere el sombrero.) Con la prosximidad del parlamento olvidaba... ¿vienes, Lucas?

LUCAS. ¿A qué? ¿A escuchar alardes de caciquismo? ¿A ver como humillado tiembla y postra la cerviz el Presidente? ¿A presenciarle otra vez de hinojos ante una guerrilla de sus rivales? Adonde me voy es á saber si se rehizo algo la opinión atemorizada ante el caos de crisis nueva.

MARQ.ª Pero usted ya hizo su requisa al amanecer.

LUCAS. Desde luego... y con un par de redacciones ahora... El Heraldo, El Correo, El Liberal, El Imparcial, El País, La Correspondencia... No tardo una singladuras... Hasta pronto.

MARQ. (tomando el sombrero, que le trae el ayuda de cámara, y encasquetándoselo al salir.) ¡Adiós mentor trasnochado!...¡ Adiós! Voyme á sumarle fuerzas á ese Júpiter del día (sale.)

ESCENA IX.

MARQUÉS, LUISA, LUCIA Y ROSENDO

LUISA. ¡Cuanto agradecería á D. Lucas, que sacase á mi padre de la política!

LUCIA. No entiendo de eso, pero no se que presentimiento tengo, de que ella amaga una catástrofe para mi familia.

MARQ.ª No sabéis lo que os decis... En España el que no es político, no es nada, ni nadie le conoce... Que lo diga Rosendito. (Este seguía con su libro en mano y le hojeaba durante todos los anteriores parlamentos.)

ROSD. (modesto.) Yo creo que á España lo que le conviene son hombres que trabajen, que el trabajar lleva de suyo y encierra acto político en una nación... Para comer, se debe hacer cualquiera labor que se presente. Y después de atendida la necesidad, trabajar influyendo en el progreso.

LUCIA. Debe trabajar usted mucho ya, Rosendo, porque meses hacia que no le veíamos.

ROSD. De abogado nada... No tengo quien me consulte ni conozca, pero aparte de que aceptaría todo, para el pan necesario, estudio un plan económico, en el que pongo mi alma entera, al servicio de mi patria.

LUISA. Según D. Lucas dijo ayer, se hacía hombre el que diera en ese clavo. Dice que es hoy el verdadero problema sin resolver y que su anuncio ha atraido sobre algunos, opinión y votos y esperanzas.

LUCIA. Pues ánimo, Rosendo, ánimo. Su buenísima mamá dijo delante de nosotros á la Directora. que pasa usted la vida estudiando. Lo que nosotros podemos decir, es que se olvida de todo el mundo por sus libros.

ESCENA X.

DICHOS, Y MARQUÉS

MARQ. Vengo furioso contra Lucas. Perdí por él la oportunidad de dar un voto de peso, hoy más que otro día, y ya estoy de más en la Cámara.

MARQ.ª Por fortuna D. Lucas está recorriendo redacciones...

ESCENA XI.

DICHOS, Y LUCAS

MARQ.ª (á Lucas.) ¿Qué es eso? pues ni por cable.

LUCAS. Como que solo he ido á mi piso en usufructo, y dejo para luego la requisa... Hallé arriba una carta que me cita, y no tengo tiempo... Iré más tarde y ganaran en lozania y frescura las noticias... (á Rosendo.) ¿Qué libro es ese que tanto hojea usted? (se lo toma de las manos.) Dispense...

ROSD. (inclina la cabeza dándole el libro complaciente.)

MARQ.ª Niñas... Decidamos si se desechan, ó no, las cavilaciones de Luisa y si entra ó no entra en lista el Duquesito, para el convite.

LUCAS. ¿Quien?

MARQ.ª El Duque.

LUCAS. (A la vez que atiende al libro que tomó de manos de Rosendo.) ¿Pero que Duque? ¡Que Duque! ¿Ravachol, segun el Marqués, bien que le mima y le atrae.

MARQ. Yo bien sé porque le mimo, que mon faible está en los buenos entronques y el cruzamienlo de razas selectas. Y si me ayudasen mis hijas...

LUISA. (Con modestia.)La mujer debe esperar á que el hombre la elija expontánea.

MARQ. Dignidades intempestivas: y además (echandolas de listo.) Yo no quiero volar...

LUCAS. Algo te remorderá...

MARQ.ª Lástima que con un título tan pomposo y antiguo...

LUCAS. (Sin dejar de hojear el libro.) El título no lo tiene y por eso apeó el tratamiento.

MARQ. De sobra puede revalidarlo con sus rentas y de seguro al casarse, su mujer se lo impondrá.

LUISA. (Con convicción.)La esposa le respetará el menor de sus gustos, si conoce sus deberes.

LUCAS. Pero si es que no quiere...

MARQ. El quiere ser Ravachol y solo Ravachol.

LUCAS. (Dando con una página.) Mire V. que relato tan... Pues Rosendito parece haber traido el libro para esta semblanza.

ROSD. De esos romances del Duque de Rivas, hablamos la última vez que vine y por eso los traigo á estas señoritas.

LUCAS. Ya; pero como ellas no estan educadas á la moderna usanza... Ya lo creo, como que es del antiguo régimen la Directora de su colegio. Dama fué su madre de Luis Felipe... Y si yo á estilo de marino no le cojo el libro

se vuelve V. con el á su casita. Vean Ustedes...Vean Ustedes. También llamaremos Ravachol al Conde de Benavente (Lee el Romance como escogiendo párrafos, que es lo que và á leer.)

Y en cuanto él deje mi casa,
Antes de tornar yo á ella,
Purificaré con fuego
Sus paredes y sus puertas.

(Pasando la hoja como si leyera para si.)

—

.....
.....
.....
.....

Resonaron las campanas,
conmovióse todo el pueblo,
De Benavente el palacio
Presa de las llamas viendo.

(Pasa algunas hojas como si omitiera parte de lectura.)

—

.....
.....
.....
.....

Aun hoy unos ricos muros
Del humo y las llamas negros,
Recuerdan acción tan grande
En la famosa Toledo.

MARQ. (Que hizó siempre el disgustado... tapándose los oidos al acabar la lectura.) Calla... calla. Eso es blasfemia. ¡Que instintos!... Pero, esa energía le hace temible y me amedrenta.

LUCAS. Y por eso le mimas.

MARQ. Claro, le mimo, por estar colocado por su fortuna, en primera fila social.

LUCAS. Que teorias !Sr. que teorias! Nadie habrá que no se conmueva ante la acción del de Benavente, ni que deje de admirar al hijo, que tu llamas Ravachol, porque quema la casa de sus padres, excomulgada y maldita.

ESCENA XII.

DICHOS Y AYUDA DE CÁMARA

MARQ. (al criado que llega por haber tocado el timbre.) A ver... Yo guiaré el mall coach con los troncos rusos, para ir á las carreras y diga usted porque no vienen Mir Broon cual corresponde... ni Daniel como yo mando...

CRID. (se muestra temeroso de hablar y como queriendo hacerlo.)

MARQ.ª (fijandose en el criado.) ¿Qué espera usted... Pero ¿que haces... dí?

CRID. Quieiro y nun puedu hablar... Lu debu sí, señor...

MARQ. Pues habla. (Pausa.)

MARQ.ª ¿Hablarás?

CRID. Non me atrevu delante del Sr. Marqués. Sí, señor.

MARQ. Vaya, majadero, vete al diablo. O hablas ó te despido.

CRID. (siempre con respetuosa resolución.) Si solo fuera el despidu me despidiera yo solo; sí, señor... soy independiente trabajando; sí, señor. Yo para trabajar, non necesitu de nadie, pero si no hablu mi conciencia es la que paga y esu...

MARQ. En estos tiempos todo el mundo se mete en filosofías, vaya; que si es solo tu conciencia... Ya puedes callar y marcharte. ¡Eh!... Que no he de perder el tiempo consolando tu conciencia.

MARQ.ª Mira, Marqués, que la conciencia de este hombre de seguro es nuestra hacienda. Vamos, habla; lo mando ¿Quién te lo impide?

CRID. Me lo impide, señora ama, que está el amo. Dice Rovachol que al que al cielo escupe, en la cara le cae y

quien á hierru mata, á hierru muere...

MARQ. Mira, bellaco; cojo un palo y vas á ver si hablas de una vez.

CRID. ¿Palus? Sepa el señor, que sin lo que aprendí de mi madre, non necesito yo palus para... Así se ve claro que el amo tiene la culpa de lo que preparan, Mr. Broon y el camarero Daniel, y como dijo Rovachol: si vuela este Palacio y entierran á todos dentro, quiero libre mi conciencia.

MARQ. ¿Qué dice? (alarmada.)

LUCIA. Mamá ¿qué dice ese hombre? (con visible temor.)

CRID. Digo lo que oyeron... sí, señor... Y mi madre me enseñó que es criminal, quien no evita los males que está en nuestra mano evitar. Sí, señor. Y como se lo que prepararon esos hombres y respondieronme que el amo les ha animado, y yo se lo que son esos fuegos que llaman artificiales,

LUCIA. ¡Já!... ¡já!... ¡já!... Vaya, ¿acabaras? ¡Qué miedo pasé! (como desahogando una pena.)

MARQ. Que ¿de qué ries? (estrañada y sin salir del pánico.)

LUCIA. Sí, mamá... si es que para el día del baile preparan funciones de pirotécnia.

LUISA. El otro día vimos el taller que armaron tras de las cocheras. (hablando con rapidez y seguridad.)

LUCIA. Y al regañarles por ello, en las visitas que hacemos á los rincones de casa, por recomendación de la sabia Directora...

CRID. Eso dicen ellos... sí, señor... Pero no es cierto... sí, señor... Conozcu el plan... Uiles reirse del engaño hecho á las señoritas... Y reianse, diciendo. ¿No dice el Sr. Marqués que es preciso defenderse y que use cada cual las armas que sepa y pueda? Y como madre me dice que lo que non quiera para mí, non lo quiera para el prójimo...

MARQ. Vaya... acaba y prepara los huesos porque van á salir molidos.

MARQ.ª Habla, por Dios, habla, pronto. (asustadísima.)

CRID. Y hablaron de la inclita del Padre Santo.

LUCAS. ¿De qué?

CRID. De la inclita.

LUCAS. Será de la enciclica... (aparte.) Ya voy entendiendo...

CRID. De eso... sí, señor... Y que el amo se reía de las palabras del santo y respondió á Ravachol cuando en la mesa habló de que el Papa dá el remedio para entenderse amorosos todos los ricos y pobres, que no hay mas Papa que el palo y que barrer la canalla á fuerza de batallones, que con libertad en la boca y buen garrote en la mano, el que lo maneja manda y hace lo que se le antoja, y por eso ellos con dinamita... (protesta cobarde.)

MARQ.ª A Dios. Ya salió la dinamita (con miedo.)

LUCIA. ¡Los anarquistas en casa!

LUISA. La Directora... Dios mío. La Directora... (sentenciosa sin fatuidad.)

MARQ. ¿Que modo de desbaratar? Animal. ¿saldras á escape?... No: adonde vas á ir es á podrirte en la cárcel modelo... Tu vas á ver enseguida como entiendo yo las cosas. Odio las sensiblerías y estoy con el publicista Mr. G. Tardé. (llama al timbre.)

MARQ.ª Por Dios Marqués. No hagas ahora disparates. Por Dios... (agitadísima.) Que va á suceder aquí sin un hombre de confianza.

MARQ. No los necesito... con el dinero hay la fuerza, y con la fuerza me basta.

MARQ.ª No desatines Marqués... Yo con un hombre de confianza para casa y con esos en la cárcel, no haria caso de ello.

LUCIA. ¿Pero donde hallarle?

LUISA. Nosotras no hemos podido hacer, lo que la Directora aconseja se haga con los servidores. Ella lo dice. El dolor

compadecido purifica y abandonado deprava. Esa sabia Directora opina que la salvación del siglo está, en no menospreciar á los pequeños y debiles y en extremar enérgicos, la recta y severa justicia.

MARQ. Quereis callar con vuestra sempiterna Directora... (Sigue llamando.) Y este timbre no suena... Iré yo mismo á pedir por teléfono auxilio al Gobierno civil.

ROSD. Señor Marqués... No me ofrezco por fórmula solamente... Dispongan de mi para todo y crean que...

MARQ.ª No: si lo que necesitamos es corriendo un Mayordomo.. Ese Mr. Broon nos fué recomendado como perla y se han lucido las recomendaciones...Y hoy que es día de carreras... (se muestra inconsolable.)

ROSD Sra. Marquesa... Pueden ir á donde gusten... Quedo en esta casa si merezco su confianza...

LUCIA. No creo que mis padres permitan en V. tal sacrificio...

ROSD. Los que solo son de orgullo resultan premiados en sí mismos, Señorita.

LUISA. Pero el beneficio nuestro, significa otro acto de orgullo mayor.

ROSD. Tranquilícense Ustedes, porque necesito por el pronto cualquier medio honroso de atender apremiantes necesidades.

LUCIA. Pero...

ROSD. Lo juro... Y en práctica escuela liberal educado no sé ver diferencias al ganar honrado el pan.

MARQ. Muchas personas con igual carrera que V. se darían por agradecidas al encargase de lo que de V. acepto y, por de pronto, ordene V. que venga la policía. Quien tiene de todo esto la culpa es Ravachol, que sino estuviera defendido por la inmunidad de Diputado... (Rosendo llama al timbre teléfonico, y hace ademan de hablar por el aparato.)

ESCENA XIII.

DICHOS, Y RAVACHOL

(que se dirige á Rosendo.)

MARQ. (aparte.) ¡Que inoportunidad! (muy contrariado.)

RAVCH. Gracias al cielo que te hallo. Todo Madrid he corrido. Tengo ya un gran destino para tí.

RCSD. Gracias, Sr. Duque, acabo de entrar al servicio de estos señores de mayordomo...

RAVCH. Te reconozco en ese paso; aprendan los pseudo liberales, aprenda aquel de los cuatro expresidentes de la exrepublica española, con quien discutistes un día. Pero al menos no negarás que ya no es necesario tu sacrificio, al traerte un puesto acomodado á tu educación, hábitos y necesidades.

ROSD. Gracias, mil gracias. Ya comprometido, he de esperar, como hombre honrado, á que estos señores hallen quien me reemplace á entero gusto suyo.

RAVCH. No lo esperes nunca entonces, porque en todo y para todo eres irremplazable.

MARQ. Rosendo, venga usted conmigo. (aparte.) Necesito reponerme porque este demócrata aristocrático se me impone...

LUCAS. Ya comprenderás lo que conviene.

ESCENA XIV.

DICHOS, MENOS MARQUÉS Y ROSENDO

RAVCH. Sra. Marquesa, señoritas, ruego á ustedes disculpen mi tardanza en saludarlas. Era una ansiedad, á duras penas contenida, la que me impulsaba en busca de Rosendo y...

LUISA. Se comprende, se comprende. Aqui temblamos de los anarquistas. (señalando al criado.)

MARQ.ª Ahi tiene usted uno. (señalando al criado.) Y que hace responsables á mi marido, á usted, á todos...

CRIAD. Sra. Marquesa, perdone. Lo que dije fué que, Mr. Broon, va á volar esta casa y dice que el Sr. Marqués dijo que cada uno se defienda como pueda. Yo non sé quien es el señor.

RAVCH. Este hombre (dirigiendose á él.) usted no me conoce á mí ¿verdad? Pues yo deseo que usted me conozca ahora. Y ese Mr. Broon, también; usted va á buscarle y lo lleva á mi casa. (le dá una tarjeta.)

MARQ.ª A poco volamos bajo una bomba.

CRIAD. Señor, yo vengo de descubrir á los señores los propositos de Mir. Broon y por salvarlas quieren ahorcarme.

RAVCH. No tengas miedo, muchacho.

MARQ.ª Luisa. Ofrecele gardenias al señor.

LUISA. Con mucho gusto (escogiendo una gardenia con marcada vacilación.) Iran muy bien con el porte bonquet de que Lucia ha recibido gran variedad y que no pueden tener mejor estreno.

RAVCH. (acercandose.) Gracias, señorita.

LUCIA. (se acerca á Luisa con el porte bonquet, y Luisa da la flor á Lucia con señal de que sea ella la que la coloque en el ojal.)

RAVCH. (contrariado.) Será discreción ó desden... (al criado.) Ves á casa...

ESCENA XV.

DICHOS, Y MARQUÉS

CRIAD. (al Ravachol.) Gracias, señor, gracias en nombre de mis padres. ¿Puedo marcharme?

MARQ. No te irás sín que te juzgue el Tribunal, al que serás entregado ahora mismo.

RAVCH. Debe usted reconocer, Marqués, lo que puede demandarsenos, á todos los que hablamos sin fijarnos en las condi-

ciones de inteligencia del auditorio.

MARQ. Yo no me doy culpa ninguna. ¡Pues no faltaba mas sino que aún hubiera yo de pedir perdon al dinamitero!

RAVCH. Hay muchas clases de esplosivos, Marqués. La inmoralidad reinante, la inhumana esplotación, la envidia, el orgullo satánico, la soberbia, el sostenido abuso y la ambición desmedida, han amasado los frutos de las elucubraciones filosóficas; de los elementos primeros: las materias base de la carga de esas bombas que hoy asustan.

MARQ. No admito otros poderes que los que en el convencionalismo social mandan porque pueden; y á la dinamita le opongo yo la horca sin cuartel y sin demora, la horca cual dice Mr. Tradé, no para los criminales sino para los que piensen serlo. Es más facil levantar patíbulos que hallar la formula de la nitro glicerina.

RAVCH. Por esos razonamientos que, dictados por espasmos radicales, disculpables hoy, son al fin y postre dementes exaltaciones, hago á usted culpable de instigación disolvente. Los que se llaman sabios socialistas, que en vez de fortificar cimientos, socavan el único sano estimulo de nuestra humanidad, condenada á la constante lucha; el carlismo en España, presentando la cruz, como falseando la igualdad sus antitéticos, y el caciquismo dominante fomentan que no curan la raiz á que yo ataco por otro medio.

MARQ. ¿Pero les dá V. razón? (escandalizado.)

RAVCH. (Acercándose como si le hablase al oido.) Cuando hablo en voz quedita le digo á V. y á otros como V. «Debiamos ser los primeros en ocupar el duro banco» Leamos las dos últimas enciclicas y si seguimos sus consejos...

MARQ. Pues mis criados parece que en su acción se amparan en el Papa.

RAVCH. Como V. y otros como V. en las frases de su Presidente. Veale V. alentando el caciquismo por sostener un poder

que se le escapa. Y el cacique también alardea de liberal para el contento de sus electores, sin fijarse en que ayuda á los anarquistas incipientes. Compare V. esas conductas con la de León XIII Pontífice reinante y con poder seguro, malgrado el cautiverio, y llenando su misión, avido, en sus brillantes postrimerias, de señalarnos sendas mejor encaminadas al logro de felicidades en el porvenir, que es fuerza busquemos todos con fé y disposición al sacrificio. No, Marqués, no. Lo que hay es miedo, puerilidad ridicula, hiprocresía y codicia vergonzosa. Quice mil peregrinos en su viage á Roma, muestran virilidad en la mansa respuesta á los déspotas que atacaron su libertad indiscutible ¡No vio V. entonces anarquistas! ¿Vió usted acaso liberales? Convicciones faltan, convicciones sinceras y profundas con valor para hacerlas efectivas. Cada hombre de por sí, puede tener y conciliar las mayores energias al acercarse cariñoso al que profese error: y el ejemplo de caridad y la práctica constante de virtudes, que caben asi en el subdito, cuanto en el soberano, así en los electores, como en quien obtiene el acta, cercenará más miembros corrompidos, que las horcas y cuchillos de V. de cada esquina. Y para precaver y prevenir y evitar los males, lo fio y lo espero de los desvelos celosos y la energía juiciosa de las autoridades, que deben elegirse en condiciones de saber serlo. Si vamos al Tribunal y este combina las piezas del proceso, tendrá que exigirse responsabilidad de sugestión á cuantos hablaron, hablan y hablaren sin explicarse bastante, delante de los que no pueden entenderles de otro modo. No confundiré jamas el cobarde mimo, con la conmiseración, que no puede negarse ni á los desalmados. Con el valor de mis convicciones y la responsabilidad de mis ideas, haré ver su salvajismo á los anarquistas desde donde les hable; y no habrá uno que oyendo voz de noble y desapasionada ener-

gía que los reprueba y condena resuelta, no sepa comprender que es tan execrable, la aureola de que tratan de rodearse, como digna de envidia, hasta para los seres ó escepticos más pusilánimes, la imperecedera del soldado que les persigue, ó la del malogrado Mr. Carnot, ú otro que ensemejante situación perezca entre sus manos criminales.

ESCENA XV.

DIDHOS, ROSENDO Y LUEGO DOS POLICIAS

MARQ. No me convenzo (á Rosendo.) ¿Se llamó la policia?

ROSD. Sí, señor y aquí están dos de orden público. (se quedan en la puerta los dos policias.)

LUCAS. Convendrás querido, Marqués, en que resulta bufo lo que estás haciendo y nadie en serio, consentirá que un par de zafios venga á intervenir, en escenas de un interior doméstico.

RAVCH. Me los llevaré yo á esos agentes que me conocen y les impondré del caso cual corresponde.

MARQ.ª Si pero ¿y Mr. Broon?

ROSD. Si la Sra. Marquesa fía de mí, yo le garantizo la prevención contra ese descarriado inconsciente.

RAVCH. Yo cuidaré también de convencer á Mr. Broon (habla en voz baja al Marqués, mientras hablan los agentes.) Vendran ustedes conmigo.

ATE 1.º Este señor me dió el destino.

ATE 2.º También yo fuí colocado por ese Excelentísimo.

ATE 1.º (con calor.) Como todos los empleados pobres y honrados de Madrid... Y valiente que es... (el otro agente hace señal aprovativa, y prestan atención marcadisima, Luisa, Lucía, Lucas y Rosendo.) Días atrás, de una manotada, en el Pacifico, desarmó al matón del barrio, porque amenazaba á un viejo.

ATE 2.º Ese día me colocó en la policia. Acababa el señor Exce-

lentísimo de llevarle un socorro á mi madre moribunda, á quien procuro mantener apesar de mis ocho hijos, y le ayudé á escapar de que allí lo proclamasen y lo paseasen en triunfo; tal entusiasmo produjo su valor y su caridad. Desde el dia siguiente, mi madre está en la grandísima lista de los pobres socorridos por nuestros Reyes.

RAVCH. (que hablando quedó con el Marqués, como si tratase de convencerle; no había, hasta el final, llegado á enterarse.) Haganme ustedes el favor de hablar de lo último, que es fuerza repetir á los que á sabiendes lo callan, pero reserven ustedes lo primero que ninguna falta hace se sepa. Y vengan conmigo pronto.

LUISA. (se acerca á los dos agentes, y sacandolas de la escarcela, que llevará colgada de la cintura, les dá monedas á cada uuo mostrandose conmovidad; los agentes hacen muchas cortesias y saludos, sobre todo, á Ravachol.)

ESCENA ULTIMA

MARQUÉS, MARQUESA, LUCAS, ROSENDO, LUISA Y LUCIA

LUCAS. Lo ves, Marqués. Sin la oportuna indiscreción de esos dos hombres, resultamos parodiando á D. Ramón de la Cruz, cual las escenas que España representa, en su sistema parlamentario.

MARQ. Hay que cortar corrientes á la dinamita. Este nuevo Ravachol juega con las bombas.

LUCAS. ¡Ya lo creo! las pone, pero seguras é inevitables en sus efectos salvadores. El esplosivo lo vas á encontrar en forma y manera desusada é impreveible.

MARQ.ª Teniendo ya á Rosendo que guarda la casa, podríamos ir á las carreras, pues hora es de ir á buscar á los ocho que tenemos convidados. Os pondreis los sombreros al tomar el coche. (llama al timbre distinto que tocó el Marqués y aparecen dos doncellas con sombreros, sombrillas, etc. etc.

LUCIA. ¿Y las listas de invitados? ¿y los sobres?

ROSD. Yo los haré, si ustedes gustan.

MARQ.ª Sí, sí. Ya lo creo. Usted hallará en la guía, anuario y todos esos libros de indicaciones, lo selecto del Madrid conocido, del Madrid que bulle y que se ostenta. Nada de gente oscura.

LUCAS. Yo cuando vuelva, ayudaré al trabajo de esa selección que no se olvida para estos casos... importantes... Divertirse.

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

LA MISMA DECORACIÓN DEL PRIMERO

ESCENA PRIMERA

GILDO LIMPIANDO

(La mesa está como si hubiera habido alguien ocupado toda la noche.)

GILDO. (con aire verdaderamente petulante, pero sin payaserías. El actor á poco que observe hallará modelos cuantiosos para caractérizar su tipo.) Ypso facto estoy de nuevo en carrera. La mía tiene vaivenes consiguientes á las envidias que promueve cada uno de mis encumbramientos. Váleme la salida del gallego para mi ascenso que propuso el nuevo mayordomo. Es hombre de ley, se conoce, porque quiso ver si éramos útiles los de la casa, antes de proponer gente nueva para cada puesto, ya que con ese y el de Daniel quedaban dos para llenar... Claro es que había yo de triunfar con mi despejo y mis luces. Algo me costó subir esta vez, después de haber bajado. ¡Y que buenas formas gasta, y que cariñosos modos!... Primera vez que los he visto en esta casa, sin que eso quite que lo quiera todo en regla. Nada, que se ha estrenado no durmiendo en toda la noche. (revolviendo libros de las librerias, abriendo y tratando de aprender párrafos de memoria.) ¡Jesús, que dificil es esto! (mira el lomo y vuelve á abrir el libro.) aquí quisiera yo ver á mi último amo... Dudo que de una leida...

Bien que peor que el calendario romano, no puede haber libro alguno para aprendido de memoria. (hojea.) Pero este... (vuelve á mirar al lomo.) ¡Puf! ¡Tratado de Hacienda pública! ¿Quién arregla eso?... Prefiero la enciclica... aquello si que de un tiron lo aprendo de corrido y me las juego con solo pasar la vista para recordar todos los párrafos con el mismo señor Marqués, mi actual señor y amo, que se jacta de ser la primera memoria del universo mundo. ¡Qué orador haría yo! ¡Y como me gusta oirme y escucharme á mi mismo! ¡Lástima que no hay periódico que no publique las palabras de su santidad León XIII! Si las llego á cojer yo antes, las paso por mías, y entonces... ¡Qué popularidad me iguala! Todos los pobres me aclamaban unánimes... ¿Y los ricos? Los ricos honrados, todos. Pero ¡qué popularidad! Lástima que ya no hay quien á estas horas no sepa la encíclica de memoria.

ESCENA II.

GILDO, Y DON LUCAS

LUCAS. ¿Qué haces ahí, Gildo?

GILDO. Nada, señorito, limpiar.

LUCAS. ¿Me permites un consejo? Ni digas lo que no sepas, ni leas lo que no entiendas.

GILDO. Con mi primer amo hice mis ensayos de memoria. Soy un gran memorialista, no; memorista, eso debe ser, memorista. Mi último amo, decía que era un gran cernícalo el criado que no aprendía todo lo que hacía su amo por dificil que fuera. El había servido á un escritor célebre.

LUCAS. ¿Y tú?...

GILDO. ¿El señor habrá observado que hablo mucho?

LUCAS. Eso pronto se te conoce, pero ¿también eso has aprendido?

GILDO. Pura andalucia, señorito, andalucia castiza. Alli nacemos hablando.

LUCAS. Y claro por hablador te echaron, y podrá sucederte lo propio siempre.

GILDO. Me echó por que le copié otra cosa... El amo se hubiera vendido al diablo por llegar á académico.

LUCAS. ¡Ola! ¿Y tú?...

GILDO. Lo hubiera sido de seguro con un poco de protección.

LUCAS. Vamos. Te echaron por presumido.

GILDO. No, señor, sino que un día que pronunciaba ante una reunión de notables un gran discurso, hubo de ausentarse del salón y como yo notase que los concurrentes se impacientaban, les dije que si me permitían yo continuaría recitando, que es mi especialidad. Todos se quedaron muy contentos de ver que tomaba el hilo desde los tres ó cuatro últimos párrafos de mi señor, y al regresar este se puso furioso de que, según dijo, le hubiese puesto en ridículo. Yo no he comprendido nunca el porqué había de ser ridículo para mi amo, que yo le igualase en memoria porque del mismo libro aprendimos los dos aquel discurso; y como aprendí de él la declamación, y ya ve el señor mi buena voz y el estilo...

LUCAS. ¿Según eso tu retentiva es prodigiosa?

GILDO. (con énfazis.) Cada cual, señor, á lo que se dedica. Onofroff, á adivinar, y yo, á repetir cuanto él y los otros adivinen, inventen ó escriban. Cuando rapazuelo, demonago, aprendí el misal de oirselo al celebrante, y después... ¿Quiere el señor que le recite alguna oración encomiastica? alguna necrologia, alguna biografía de nuestras multiples celebridades, ó alguna de las arengas del 66 ó las del 68? ¿Quiere el señor los mas notables discursos politicos? Peseo de memoria toda la colección del Diario de sesiones. Las peroratas de los incorregibles, las sé todas. Los alardes de los reincidentes. Los

renuncios de los aferrados recalcitrantes. Los estupendos jirismos de los cosmos, y la utilísima intervención de los parásitos. Lo que más me gusta y entiendo, es la encíclica que cuadraría átodos esos autores, actores y pecadores.

LUCAS. (hace muestras de impaciencia.) Vaya, vaya que es tarde.

GILDO. ¿Quien no la había de entender, si está escrita con antorchas celestiales? Hasta el bruto del gallego la entendió en lo que habla de la fidelidad á los amos, y fomento del necesario principio de autoridad, y por ella tuvo valor para delatar á Mr. Broon. Lástima que le hayan pagado tan mal; y de esas ingratitudes habla también la encíclica.

LUCAS. Todo se arreglará, Gildo. No dudes que se arreglará. ¿Has visto á D. Rosendo?

GILDO. Sí, señor, ya lo creo que le he visto, si desde el amanecer que no cesa de inspeccionarlo todo y ɔp dar órdenes de esmero.

LUCAS. ¿De modo que es madrugador?

GILDO. Hoy no lo ha sido, señorito, porque lo que es hoy no se ha levantado, visto que tampoco se acostó anoche.

LUCAS. ¿Que no se acosto anoche?... ¿Qué hubo? ¿Hay novedad?

GILDO. No, señorito. Pero yo lo sé, porque tal como ayer arreglé su cuarto, tal lo he hallado hoy al subír para arreglarlo. Anoche quedó sentado aquí escribiendo, y escribiendo seguía hace bien poco.

LUCAS. (aparte.) Vamos... un contraste. No me choca, porque en esta casa todo lo ordenado debe servir de contraste. (alto.) Adiós, Gildo.

GILDO. ¿Quiere el señor algo para D. Rosendo? Ypso facto, lo sabrá.

LUCAS. No; ni le digas mi pregunta.

ESCENA III.

GILDO SOLO

Abreviaremos aquí por si han de volver á trabajar, y atención, Gildo, que sospecho llegué á cansar al señor D. Lucas.

ESCENA IV.

ROSENDO Y GILDO

ROSD. Gildo, le ruego que esos papeles no los toque. Yo los arreglaré.

GILDO. Está bien, Sr. Rosendo.

ROSD. Confío que la mesa estará á punto, que ya sabe usted quieren los señores almozar temprano para éstar á la apertura de la exposición canina.

GILDO. Sí, señor, falta poco para tener el comedor listo.

ROSD. ¿Entregó usted aquella carta, diciendo que era urgente, Gildo?

GILDO. Sí, señorito, y me digeron que el Sr. Duque no estaba.

ROSD. El haber contestado así me hace temer un error; Gildo, dispense usted.

GILDO. No, señorito, no hubo error. Yo hablé del Sr. Duque, porque el señorito así me dijo, pero el lacayo mirando el sobre al Exmo. Sr. D. R. Garci-Pérez de Fernan-Lope Gutierrez, me dijo: El señor no está en casa, y en cuanto llegue se la entregaremos.

ROSD. ¿Recuerda usted que hora sería cuando ocurrió eso, Gildo?

GILDO. El señor me mandó, con las dos cartas, cuando los señores Marqueses montaron al mall coach para ir á las carreras... á las tres y media, y yo llegaría al palacio del Sr. Duque, á las cuatro todo lo más, entregando antes la otra carta.

ROSD Es estraño, Dios mío, en tantas horas que no haya venido, máxime cuando he recibido un baul con papeles, que me han servido para trabajar toda esta noche.

GILDO. Ypso facto queda probado que el Sr. Duque ha leido la carta del señorito.

ROSD. Pero, ¿cómo pidiendole su venida?...

GILDO. Si el señorito quiere volveré al palacio del Sr. Duque... Todos los señores de aquí están durmiendo, y antes de que se levanten estoy de regreso.

ROSD. No, Gildo, gracias, que usted tiene que hacer aquí, y eso no estaría bien hecho, gracias.

ESCENA V.

DICHOS, Y LUISA

ROSD ¡Señorita! ¿quiere algo la señorita?

LUISA. Sí, Rosendo. Le ruego á usted diga á Gildo que venga en cuanto termine la limpieza que le está encomendada, y tenga usted la bondad de oirme.

ROSD. (á Gildo.) Gildo (en actitud de querer repetirlo todo.)

GILDO. Sí, señor... sí... vendré al concluir mi limpieza.

ESCENA VI.

ROSENDO Y LUISA

LUISA. Dipense usted, Rosendo. Ayer hubiera querido no ir á las carreras y hablar con usted, pero quise consultar con mi profesora lo que pensé, y le hablo á usted por consejo de aquella señora respetable, á quien volveré á escribir hoy tras su respuesta de usted.

ROSD. Señorita, quisiera acertar hasta el más pequeño deseo de todos los señores de esta casa.

LUISA. Y yo la forma de espresarme, sin ser indiscreta.

ROSD. Nunca lo será usted conmigo, señorita.

LUISA. La Directora de mi colegio me ha dicho que es dificilísima la misión mía, apesar de haberme ella enseñado á decir la verdad siempre, y yo lo veo ahora que me encuentro frente á usted.

ROSD. Si yo puedo abreviarla, crea usted lo he de tratar; pero no acierto...

LUISA. Señor... Dígame usted si tomará usted á libertad mía, una pregunta de asunto que personalmente á usted atañe.

ROSD. Veo, señorita Luisa, que la tienen á usted prevenida contra mi, las alusiones que ayer se hicieron respecto á un rozamiento que me ocurrió con don...

LUISA. Justo... uno de los cuatro expresidentes en once meses de la exrepublica española.

ROSD. Cuanto deseo que usted, huyendo de seriedades y en el diapason de estas últimas frases, me dijese usted lo que piensa lisamente para que usted vea la sumisión mía, el devoto deseo con que serviría á usted y á la señorita Lucía, su hermana menor.

LUISA. Pues bien, Rosendo, aunque joven me ha dado experiencia lo mucho que mi profesora me enseñó á pensar...

ROSD. Con efecto, señorita Luisa, viejos hay y cuducos sin experiencia alguna, porque jamás pensaron, mientras que cabe en gran juventud...

LUISA. Mucha experiencia ¿no es cierto? Ella es fruto de la reflexión y voy comprendiendo, conforme me tienen enseñado, que está en razón directa de lo que sobre cada cosa se haya maduramente pensado. Así; de lo que otras amigas refirieron delante de mi; de lo que me hicieron analizar argumentos teatrales; de las escenas influyentes en un plan dramático, y lo que con ejemplos que, por ser reales, se graban para siempre y me ha ido presentando la vida en Madrid en siete años que hace salí del colegio, hallo en el paso de usted, tomando el cargo que desem-

peña, unas analogias que tal vez hayan provocado suspicacias de que deberé pedir á usted perdon ó...

ROSD. O la hayan á usted impulsado á querer evitarme que otros juicios injustamente perjudiciales, me dañen y me precipiten. Gracias, señorita Luisa, gracias, y voy á hablar con usted con la conciencia abierta.

LUISA. Ay sí, diga usted, señor de Alba, diga usted.

ROSD. Domino en mi alma toda ráfaga de orgullo, Practico las ideas liberales, en su grado más elevado y positivo... Como que con mis practicas, ansío llegar á quitar la máscara á los falsos dioses de ese credo, que ellos, queriendo dárselas de maestros, olvidan con mengua de su belleza, que nadie antes que Jesús, ni nadie como Jesús, ha enseñado y practicado...

LUISA. Siga usted... si...

ROSD. Sencillo para ver mis limitadas facultades, de nada superior me considero capaz, si bien estudio sin descanso para reducir mis nulidades... Con fé para creer que nadie puede premiar ni castigar cual merezcamos, porque nadie, en la tierra, puede ver los estímulos íntimos de nuestros actos, realizo los que mi conciencia, ó mi juicio, ó mi necesidad aconsejen; y así, ayer consideré gracia especial del cielo, un trabajo cualquiera que me diera los medios que faltan á mi madre, aunque ella se quite el bocado de los labios, para que yo lo disfrute.

LUISA. Eso mismo entendí al ofrecerse usted discreto, habiendo á la vez como motivo, el gran pavor de mi madre, por lo que puede acontecer de tener desconocidos dentro de casa, pero luego no vi razón para continuar en este inferior trabajo, cuando la suerte le ofrece á usted otro, por mano de un leal amigo de usted.

ROSD. Mal juzgador suyo haría quien como yo le adora, y le ve el hombre superior de los que he conocido. Alma noble hasta lo inconmensurable, hasta lo inverosímil y no vis-

to... Perdón, señorita, perdón si mi fortaleza decae al hablar de él, que supo comprender el paso mío y el sacrificio.

LUISA. Luego yo soy incapaz... (con amargura.)

ROSD. Por Dios, perdón... no dije eso... Balbuceo y no sé hablar... diré á usted tan solo, que en cuanto me he dado mejor cuenta de los hechos y sus interpretaciones, he escrito á un amigo de la infancia cuya afición no logré sacar de trabajos manuales, y le presentaré á los señores como persona de entera confianza y seguridad.

LUISA. Y entonces quedará usted, según lo espuesto por usted, sin este trabajo ni el que ha desairado usted para tomarle. Eso no es posible.

ROSD. Señorita Luisa, en su buen juicio de usted, dígame usted: ¿No hay casos en que ni el aguijón del hambre, animaría para sobreponerse á ciertas contrariedades?

ESCENA VII.

DICHOS, Y GILDO

GILDO. El Sr. Duque en la porteria pide si puede bajar el señor Rosendo.

LUISA. Gildo, diga usted al caballero, que si es necesario bajaré yo á rogarle entre hasta aquí, para lo que de esta casa le ocurra.

ESCENA VIII.

DICHOS, MENOS GILDO

ROSD. Estraño la duda del Duque.

LUISA. Veo que usted no apea jamás el título.

ROSD. No sabe nadie más que yo, porque vienen conservados sus derechos sin la caducidad que muchos creen, no viéndole en la guia de forasteros.

ESCENA IX.

DICHOS, Y DUQUE

RAVCH. Doy á usted gracias por su invitación tan amable como cortes, por que la hora . . .

LUISA. Creo que usted no la necesitaba. Esta casa la tiene usted ofrecida por mis padres, y usted vió una prueba de aprecio, en el ramo de olivo que ayer aceptó de mi hermana Lucia. Nadie aquí vería tranquilo que usted odiara esta casa.

RAVCH. Tanto ella como usted, serían sobrado motivo para calmarlo, si fuera yo capaz de alimentar en mi pecho el odio . . . Al contrario, á ser compatibles mis creencias religiosas con alguna superstición, provocaría motivos para presentarme á ustedes.

LUISA. ¿Por qué supersticiones?

RAVCH. Porque vengo siempre á esta casa á lograr lo que más ansío, y hallando descortés callar á lo que vine diré á usted que si ayer ofrecía á Rosendo destino, que demoró aceptar hasta que ustedes tengan personas de quien fiarse, hoy traigo para él, casi casi una cartera de ministro de Hacienda.

LUISA. ¿Como es eso? ¡Cuánto me alegraría!

ROSD. No es hombre de bromear el Señor Duque, pero cabe la broma de lleno en su constante buen humor.

RAVCH. No es broma lo que digo, y, como dicen los augures.. al tiempo . . . Ayer toda la tarde, despues de dar mis instrucciones para buscar á Mr. Broôn, cuyo hijo es uno de los ugieres del Congreso.

LUISA. Ugier al que Papá le tiene ofrecida la cesantía en cuanto pueda contrarrestar la influencia que allí le sostiene. Pero, dispense usted mi digresión inoportuna.

RAVCH. Mejor la tomo por una protesta al daño que amenaza á un infeliz. Pues bien, ayer toda la tarde y noche, tras

leer una carta de Rosendo y buscar á su madre inutilmente, citando á esta, para más temprano...

ROSD. ¿La has visto?

RAVCH. Si la he visto, y traigo en su nombre bendición y aplausos... ¿Sigo?

LUISA. Perdone usted. ¿Porque no vino esa señora para quien mi profesora se hace lenguas mil en alabanzas?

RAVCH. ¿Quiere usted que venga? Vendrá ¿Prosigo?

LUISA. Ay perdone usted, Rosendo.

RAVCH. En una palabra, que me fuí á casa del primer económista de España, del mundo tal vez; persona que si como entiende de hacienda, fuese capaz de dominar sus antipatías por el sistema parlamentario, habría hace tiempo salvado al último de sus deficiencias, y á la primera de sus peligros...

ROSD. ¿Has creido digno de leerle mis estudios modestos?

RAVCH. Conteniéndome en límites de prudencia, solo hice indicaciones, porque comprendí que si alguien quería podía abusar usurpándote tus descubrimientos, máxime cuando la espectación, la ansiedad general, la necesidad verdadera del país está en resolver el problema económico, contra el que se estrellan todos los partidos políticos... ¿Saben ustedes que dijo?

(Rosendo y Luisa muestran atención, curiosa esta y reservado el primero.)

RAVCH. Vehememente, enardecido, me dijo... que me corten las dos manos si presentado eso, nada más que eso, sin completar ante las Cámaras, no hay una crisis ministerial en forma nueva, haciendo llegar la proclamación del sujeto hasta las gradas del trono, que naturalmente se inspiraria esta vez más acertadamente que nunca en la opinión de los cuerpos colegisladores.

ROSD. Será una burla de ese Señor, sabes que no transijo con ellas.

RAVCH. Estoy reñido con el Madrid dicharachero, con el Madrid de las frases, que resultan muchas veces desverguenzas y con el Madrid de los apodos que siempre fueron irrespetuosidades. No me gusta confundir con la partida de campo ó el jolgorio, el acto serio y las palabras formales.

LUISA Una de mis obseryaciones sobre lo contradictor de la sociedad, es que donde abundan las personas serias, no consultan su edad, ni condición, ni estado para bailar los que tienen ganas, ó quieren llenar prescripciones de atención, y en la nuestra, que hemos de confesar huye de lo serio, se hace alarde de olvidar pronto esos signos de alegría.

RAVCH. El mundo, comedia es, Señorita, y estamos en minoría los que no queremos ser cómicos. Convengamos que en Madrid priva más que fuera lo movedizo y variable, lo aparente, con menoscabo de la sinceridad. Yo lo atribuyo á la heterageneidad de origen de sus moradores. Este es vario y varia é inestable es su consecuencia, cual inestatable y vario es su ráciocinio.

ROSD. Como escasea el pensar, se suple el pensamiento con la frase y como no dejamos siquiera madurar las frutas, solo aparecen los pámpanos conque se adorna el plato en que se presentan. Sin buena siembra no hay cosecha.

RAVCH. Tratando de cosas númericas, sin datos no hay problemas.

ROSD. También se íntentan sobre ello las safisticaciones.

RAVCH. Pero no resiste al exámen de la pluma.

LUISA. Como los hombres y las mujeres al tratar de lucir gracias y de atraer miradas... que segun mi directora y tengo yo observado brillan mientras no se busca la verdadera piedra de toque.

RAVCH. ¿Y la Directora ha descubierto cual sea la piedra de toque para apreciar la calidad de esos metales?

LUISA. Si, señor: Ella dice que lo primero á estudiar es el origen.

RAVCH. Segun eso (con amargura.) ¿opina usted que si el origen es malo, debe ser desechado el ejemplar adjunto?

LUISA. (Resuelta.) Si se parecen, si. Consultando el origen se logra pronto ver si hay ó no disparidad en los ejemplares. Cuando estos tienen cualidades propias, es mas fácil aquilatarlas...

RAVCH. Y más fácil descubrir sus méritos y apreciarlos...

ROSD. Y más fácil comprender toda la importancia de su valor...

LUISA. (Rapida.) Y es más seguro no equivocarse...

RAVCH. (Idem.) Y tiene el acto la aprobación de la conciencia...

ROSD. (Idem.) Y una garantía segura de la observación

RAVCH. (Meditativo.) Veo que aquí no hay diferencia de opiniones.

LUISA. Como siempre que se busca la verdad. No hay mas que una. ¡Que hermosa es!

RAVCH. Lástima no esté aquí su hermanita Lucia

ESCENA X.

DICHOS, MARQUES.

LUISA. I pá papá, saluda en Rosendo á un próximo futuro ministro.

MARQ. (Desdeñoso.) ¿Porque? ¿por sus estudios rentísticos?... Ya... si ayer ya se insinuó algo en el Congreso.

RAVCH. ¿Ayer?... Es verdad, yo no fuí... pero aquí las noticias llevan vía eléctrica... Realmente no puede ser otra cosa, y si V. conoce las bases...

ROSD. El Sr. Marqués podrá ver lo que han aumentado mi trabajo, los estudios y cálculos de esta noche... Aquí estan mis padeles todos.

MARQ. (Como distraido.) Ah... bien, bien... (á Ravachol.) Y del que usted llama su cómplice dinamitero ¿se sabe algo? Mi mujer dice que no ha pegado los ojos, y que ha visto

volar este palacio y el de nuestros Reyes, y todos los edificios de Madrid.

RAVCH. No hay que descuidarlo, aunque parezcan tímidos los que sean precavidos. Esto toca á los Gobiernos, que precaver es gobernar... No debo olvidar á los que esperan... Adios...

ESCENA XI.

DICHOS, MENOS RAVACHOL.

LUISA. (En voz alta.) Papá... creo que no es cosa de retener al Señor por sus estremos de caballerosidad...

MARQ. (Como distraido.) Al contrario, ahora más que nunca. ¡Cálcule usted que efecto tan liberal, como diría mi amigo Lucas, ver salir de un modesto destino á todo un ministro flamante! Al contrario... Lo que me permitiré es leer sus trabajos.

LUISA. Papá...

ROSD. Sí, señor Marqués.

MARQ. Poco podré aprender, apesar de mi gran memoria, porque he de salir de Madrid en el exprés del Mediodía... (á Rosendo.) Y las listas de invitaciones; ¿están?

ROSD. Voy á acabarlas hoy... Anoche no seguí, por faltar un tomo de direcciones que estaba en el cuarto del señor Marqués.

MARQ. Quiero almorzar, y mientras lo sirven, hojearé estos papeles, para ir á Ávila después.

ROSD. (tira de la campanilla.) (al criado.) ¿El almuerzo?

GILDO. Va á ser servido, Sr. Marqués, señorito. (se van.)

ESCENA XII

ROSENDO SOLO

ROSD. Mi madre... ¿qué falta me hace mi madre? ¡qué frio

siento en el alma! ni una noche he dormido fuera de casa desde su viudez, tan apetecida. Sentiría que el Duque olvidase su oferta hecha á Luisa de hacerla venir.

ESCENA XIII

DICHOS, Y DOÑA MAGDALENA

MAGNA. ¡Hijo de mi alma! Gracias á la segunda invitación del Sr. Duque, con consentimiento de esta casa, me tienes aquí, porque no pensaba haber venido sin ese requisito.

ROSD. ¿Habrá usted sufrido esta noche, sola?

MAGNA. No lo creas, hijo mío. Gocé cual nunca. Te veía grande, noble, honrado; y todo ello ya ves si hace compañía.

ROSD. Es la primera noche, desde aquella en que llenaste tu deber hasta las heces ¿te acuerdas?

MADRE. El día que murió aquel hombre, ¡qué todo el mundo cree tu padre!

ROSD. ¡Todos, menos el Duque!

MAGNA. Sírvame de consuelo á los odios que le demostró aquel día, el haberle yo reconciliado con él y con la memoria del difunto Duque, á quien juró demoler palacios, cotos y heredades... escomulgadas y malditas.

ROSD, ¡Qué nobleza la suya! y todo eso por usted, madre mía, por usted, con quien nada tenia que ver, fuera de la admiración que producen siempre la probidad, la mansedumbre y la generosidad con que usted pagó á la Duquesa y al Duque, su brutal abuso.

MAGNA. ¿A qué recordar?... Dime, hijo mío, ¿dormiste? No... si ya lo veo en tus ojos... ¿Quieres, ahora que estas sólo, entregarte un corto rato al necesario reposo?... Yo estaré en esa puerta, á ver quien viene (buscando un sillón y colocándolo.) ven... ven aquí; yo velaré tu sueño como otras veces hice... Y cuenta que me tienes tranquila y fuerte.

ROSD. Gracias, madre. No sé que agitación... Quisiera en con-

junto otro movimiento... Vino aquí el Duque, habló de mis trabajos... escitó mi ansiedad... no se que tengo...

MAGNA. Es el estado nervioso, propio del insomnio.

ROSD. Tal vez sea... prefiero creerlo.

MAGNA. (ansiosa.) ¿Pero sufres otra causa? No me ocultes...

ROSD. No, madre... Iré á mudarme... á bañarme y eso disipará... mis nubes... mi agitación y sobresaltos...

MAGNA. (con recelo.) Algo me callas...

ROSD. Hay en mi estado cierta confusión, no lo niego, madre. Me lo sugiere el dudoso partido, que para mi criterio existe, sobre lo que se debe á la precaución, para no ser engañado por esceso de confianza en la caballerosidad aparente, de los demàs, y los respetos á la dignidad del prógimo, para no ofenderle, sospechando acciones á que pudiera entregarse.

MAGNA. ¡Ah! Te refieres á que no hiciste contrato, al llevar á cabo el sacrificio que significa tu posición actual... Eso es juicio temerario...

ROSD. Sí... madre (como hablando consigo mismo.) sí... es juicio temerario...

MAGNA. La falta de reposo exalta...

ROSD. No hay duda, no... ¿Cómo pensar de un caballero acción tan fea?...

MAGNA. Es claro... ves á mudarte, y aquí te espero yo...

ESCENA XIV

MGADALENA SOLA

MAGNA. Pobre hijo de mi vida... La suya dá por mi sustento, que la altivez me veda recibir del Duque... ¿Será un delito esta conducta mía?... la consulté con él... con otros imparciales, y aprueban rehusase del infame, y que rehuse hoy de su noble hijo, lo que aceptado trascendería á precio convenido... Dios ve mi alma y ve mi con-

ciencia siempre recta, y sin baldón alguno... sólo repruebo el sí, que ante el altar diera en mi infancia, confundiendo, como muchas, el lazo sacramental del matrimonio... Tengo la fé de mis mayores que no logran debilitar las doctrinas de estos días... (al criado que entrá despavorido.) ¿Qué hay? ?qué ocurre?

ESCENA XV.

DOÑA MAGDALENA Y GILDO

GILDO. Ha venido el secretario del Sr. Marqués, y dice que el Congreso esta que arde: que ha estallado una bomba de dinamita; que han salido heridos casi todos los diputados; que en las tribunas se grita ¡bravo! á voces llenas: Que ante todo el mundo dice á voces qne él ha sido, él, ese Sr, Duque, conocido por Ravachol que ha estado aquí esta mañana, y como se buscarán los cómplices y amigos del nuevo Ravachol, yo vengo á avisar al señor Rosendo, porque desde ayer ya se ha ganado toda la servidumbre. Todos están contentos, locos de que el Marqués haya muerto, y yo de ver que el Congreso por una puerta (gesticulando mucho y con gesto y minica exagerada. y el Senado por otra, y el Parlamento y la Presidencia y un Gobierno, sin timón salgan cada uno por su lado; concluyendo como el rosario de la aurora, estas farsas y estos juegos, y estas mojigangas.

MAGNA. ?Pero qué dice usted. Gildo?... Corramos... ¿Qué dice usted?

ESCENA XVI.

DICHOS, Y ROSENDO

ROSD. (entra despavorido.) Madre ¿ve usted lo que mis reflexiones me decían? ¿Ve usted que cruel traición? Tenga usted tranquilidad; voy corriendo á ver si es tiempo.

MAGNA. ¿Pero que dices hijo?

ROSD. (Revolviendo sus papeles como si quisiera ver si tiene lo que

busca.) Que el gran rasero que la educación produce, convierte en vil esclavo á quien se educa para una sociedad que la rechaza... corramos madre.

MAGNA. Ven... no, espera tu, hijo mio: veamos que dice en realidad el Secretario.

GILDO. El Secretario dice que se derrumbó su suerte, porque ahora que el Marqués era Ministro él era director lo menos.

ROSD. Perdone usted, yo he visto al secretario, y sé...corramos.

MAGNA. Pero hijo, te vuelves loco... espera... ven...veamos; Gildo diga usted.

GILDO. Eso... eso... si habló de papeles el secretario, y que acabado de leer muchos números y números, el Marqués era aclamado y el congreso se venía abajo y que Ravachol (haciendo el criado mucha gesticulación incoherente y mucho movimiento.)

MAGNA. Ravachol... ¿que?... Si; usted dijo que estaba alli... otra desgracia...

GILDO. !Si estaba! ya lo creo... y que la bomba... y que estalló... y que gritaba: Yo he sido... yo he sido..

MAGNA. ¿Pero donde está el secretario?

GILDO. Pues avisó á las Señoras y saldría con ellas ipso facto.

ROSD. Madre... corramos... corramos...

ESCENA XVII.

DICHOS, D. LUCAS.

LUCAS. (Agitado y en la mayor alarma, jadeante, cae en una silla.) ¿Donde está el Marqués? ¿Donde va usted Rosendo?

ROSD. Esto es infame Don Lucas. Lo más infame que usted pueda presumir.

LUCAS. Estaba en la redacción del globo, y solo oi que la víctima era el Marqués, ¿Donde está?

ROSD. Dispense usted Don Lucas, y ruegue usted á Dios que no le halle á mi paso.

MAGAN. (Rápida.) Hijo mío, conformidad, fortaleza y resignación.

ROSD. Quisiera que el hombre más sesudo juzgue aquí del acto primo. Don Lucas que es amigo de la casa. Diga Don Lucas, si ante un robo semejante caben reflexiones quietas, ni otra cosa que el castigo merecido.

LUCAS. Pero... el Marqués...

MAGNA. Le ha robado sus trabajos... sus vigilias.

ROSD. (Con desesperación) Más; Don Lucas, más; me ha robado el pan de mi madre, su abrigo, mi dicha, ¡si viera usted el calzado en que la piel de su madre supliera á la dura suela!....

MAGNA. (Rápida.) Hijo, calla.

ROSD. Lo se madre. Eso no se dice. ¿Dije á alguien las miserias? ¿Le dije á alguien al aceptar triste cargo en esta casa con sacrificio de un amor profundo, que hacia dos días no se comia en la nuestra, porque un editor no cambiaba gruesos billetes de banco, para pagar mis modestos trabajos? ¿Lo dije?... ¿Pedí algo adelantado como hace el misero jornalero, más feliz que yo mil veces en su cuarto estado porque ostenta la desgracia, y con ella conmueve á alguna alma generosa de tantas como Dios puso en la tierra?... Y cuando en la dura pena, animado en mi fé, fuí resignado y fuerte, mirando arriba para robustecerla, viene un ladrón infame y á mansalva me roba cobarde y me hunde y hunde á mi madre... vea como calla D. Lucas, aprobando alce el hacha, para esa cabeza engañosa, hipócrita y desleal, que deshonraria una clase, á la humanidad entera, si al mirarle no se le reconociese aborto de la naturaleza, como lo es el anarquista. ¡Ah! no habrá perdón si le encuentro.

LUCAS. Joven. Si todo es verdad, tiene usted razón sobrada, pero solo diré á usted, que nos rije un código...

ROSD. Lo conozco, quiso mi madre leerlo conmigo, enseñandome, ante todo, lo sdeberes. ¿Los leyó el Marqués? Ya lo creo (con sacarmo.) y sabrá asi mismo que mi propiedad no consta en hipotécas, ni tengo resguardo de que eso me pertenezca. En un instante veo sobre mi cabeza el peso de mi desgracia, y esa es la desesperación...

MAGNA. ¡Hijo mío!

LUCAS. Mala consejera. Crea usted á un marino viejo, Rosendo. En los combates, el abordaje solo en el último estremo. En la tormenta, serenidad y fé sobre todo. Creame usted. Yo indagaré con usted. Yo ayudaré la aclaración.

MAGNA. Sí, D. Lucas, y Dios se lo pague. Hijo, te pido por lo más santo, no ceses de ver mis ruegos. Déjame seguirte. Confía en la aclaración.

ROSD. Imposible... El ladrón aprovechará el trabajo.

LUCAS. Será tiempo tal vez.

ROSD. ¡Corramos!

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

LA MISMA DECORACION DEL SEGUNDO

ESCENA I

DON LUCAS SOLO

Las mesas colmadas de periódicos.

LUCAS. (desperezandose.) No sé si es cansancio de la mala noche, ó que estos papeles nada dicen (bostezando.) ¡Qué sueño tengo! Estoy como está el país... ansioso de que me saquen de incertidumbres y de dudas... Las de mi ánimo rayanas son del desaliento. (bosteza.) Hoy, realmente, no leería una línea, á no estar exaltada desde ayer mi curiosidad por la solución política indispensable en la que, de público, se llama la catástrofe prevista para un gobierno desacertado.

ESCENA II.

DON LUCAS Y GILDO

GILDO. Traigo más hojas, señorito, (refiriendose á los periódicos que trae en la mano.) pero puede el señor escusarse de leerlas, porque no dicen nada... que no hay gobierno...

LUCAS. Y entonces ¿á qué imprimirlas, si eso ya lo sabemos?...

GILDO. Vaya si las hojitas valen... Los vendedores pregonan: ¡Que viene bueno!

LUCAS. Y el público suelta su precio.

GILDO. Y el empresario tira otra hojita, que tampoco dice nada, estirando las noticias cuanto se puede, para explotarlas.

LUCAS. No leería hoy nada.

GILDO. Si el señor quiere, me ofrezco á decirle cuantas valgan la pena. Hoy he hecho temprano mi limpieza, y no hago más que leer y releer, sin sacar nada en claro. Sólo el periódico nuevo de hoy...

LUCAS. ¿Cuál?

GILDO. «El Patriotismo»

LUCAS. No lo he visto (busca en la mesa.)

GILDO. Pues le hay (buscandole.) No hay duda que le hay.

LUCAS. Muy escondido anda. ¿Qué dice?

GILDO. Cuatro palabras, señor (como si recitase). Que herrar, ó quitar el banco. Que sin sinceridad y sin verdad, no hay gobierno posible hoy; y que estas cualidades reclamadas á voz en grito, por nuestra administración entera y nuestro total sistema de gobierno, se alejan cada día más de nosotros, porque la necesidad es patrimonio exclusivo de los fuertes, dándonos á los disfraces, á las ocultaciones y los convencionalísmos, consecuencia absolutamente inevitable de los débiles

LUCAS. Al hablar así, se evidencia el título de ese periódico; así se nos educa, que es lo que le hace falta á España, engañada por los partidos políticos, á causa de que estos, son á su vez, engañados por su jefes; y á mi modo de ver, España estaba salvada, si hubiese pena capital, para el que faltase á las leyes del Patriotismo.

GILDO. ¿Me perdona el señor, una pregunta hija de mi hambre de saber y de aprender?

LUCAS. Dila.

GILDO. Si el señor mandase, pongo por caso, y yo fuese su segundo, sería en mi una falta de patriotismo, la indicación sobre determinado error que pudiera escaparsele, correjir por nuestra humana limitación.

LUCIA. Al contrario, Gildo, al contrario lo entiendo yo, y comparo con mi barco, supremo ejemplo de la necesaria disciplina. Nunca se ofendió el piloto por recontarle los nudos de la corredera de escandallo, y el capitán vió siempre dentro de la subordinación severísima de abordo, cualquier indicación acerca de la derrota. Lo esencial para el buen marino, es llevar á puerto su nave sin avería, como salvar la nación, para el que la rije. ¡A ver, á ver ese Patriotismo! Tengo ganas de encontrarle (rebuscando el periódico, se le caen los lentes y se rompen.) Vaya, no me faltaba sino esto. Se rompieron, y quedé ciego de veras.

GILDO. Iré al cuarto del señor en busca de otros,

LUCAS. No los hallarás, porque están á componer los que tenia. Dile á mi criado, vaya al óptico á buscarlos.

GILDO. Y traeré más periódicos, si salen nuevos.

ESCENA III.

DICHOS, Y LUCIA

LUCIA. Sr. D. Lucas, ¿no anda por aquí Rosendo?

LUCAS. ¿También tú buscas á Rosendo? Lo menos siete recados he visto ya para él, y desde el amanecer, no lo han dejado en paz, hasta que ha debido atender á uno de tantos. ¿Y tu padre?

LUCIA. Mi padre, como ayer, Sr. D. Lucas; sabemos que vive, porque respira, pero el estado soporífero que guarda, no nos da confianzas ni á nosotros, ni al médico, que se encierra en la mayor reserva.

LUCAS. De modo que no habéis pegado los ojos en toda la noche.

LUCIA. No señor; ni Luisa ni yo, con la madre de Rosendo, le hemos dejado un instante, hasta que ahora esta buena señora, nos ha obligado á que nos retiremos, exigiendo descansemos, siquiera, una hora, rogándome á mi, logre

igual remedio de su hijo, que lleva dos noches en pie.

LUCAS. Camino tomó de descansar, Rosendo. Yo no sé que traeran con él á vueltas.

LUCIA. Dios quiera sea para bien suyo, lo que para mi padre es entera desgracia.

LUCAS. No se que conexión haya...

LUCIA. Yo tampoco se claro lo que me digo D. Lucas. Desde ayer, han pasado por mi mente, tales nubes y zozobras.., y tales aureolas y matices. Estas como ráfagas, pero primero, como si el mundo se desplomase, sentí sobre mi cabeza, al llamarnos para el congreso, donde hallamos rigido, frio, muerto al autor de mis días.

LUCAS. Eres buena hija, Lucia, y la que aprende á ser eso, es digna luego de santificar el hogar, donde con ser pequeño relativamente, se alimenta el gran motor de toda una sociedad... Por eso anda mal la nuestra en general, porque el hogar se desdeña, y ni los padres, son padres, ni son esposos, ni nada... Y las madres... claro, lo que es lógico suceda... Si los padres olvidan que son cera moldeable, las hijas ¿Donde han de hallarse, las que luego han de ser esposas? ¡madres... las madres!... ¿Y la tuya, donde está, Lucita?

LUCIA. Descansando...

LUCAS. Claro, se habrá tenido que retirar, á ruegos de la madre de Rosendo...

LUCIA. Sí, señor; en cuanto ayer acostamos á papá, aceptó el ofrecimiento de enfermera, que esta buena señora le hizo, y le pidió que ocupara su puesto al lado de la cabecera

LUCAS. Ya; y ella...

LUCIA. Ella tuvo precisión de acudir á una invitación, y...

LUCAS. Ya: (con tono compasivo.) ve á dormir, hija mía; ve, descansa, que bien lo has menester, pobrecita...

LUCIA. Necesito cumplir primero el encargo... He ofrecido lograr que Rosendo descanse y...

ESCENA IV.

DICHOS Y GILDO CON PERIÓDICOS.

GILDO. El señor dijo que le fuesen entrando cuantos periódicos se vendan.

LUCAS. Sí, sí... tengo, como nunca, curiosidad de saber lo que hubo en el Congreso. ¡Yo que no espero nunca nada bueno de aquel centro de intrigas bajas y de traiciones contínuas, deslealtades sin cuento y perfidias ocultas... veamos (lee para sí.) Pues olvidaba que no veo... Nada, que no dice nada para mí...

GILDO. No dicen nada de particular, señor, después de repetir que no se vive sin gobierno. (El criado se marcha.)

LUCIA. ¿No halla usted nada, D. Lucas?... como yo que no hallo á Rosendo.

LUCAS. Nada, que se han dado una consigna esos picarones. Es fuerza convenir que ha adelantado la industria periodística. Como adelantaría todo si aprendiésemos á trabajar los españoles... Yo, que he dado tantas vueltas al mundo, no he hallado que nadie les gane á listos, pero á holgazanes, tampoco.

LUCIA. Vaya, D. Lucas, que usted no tiene nada de eso, ni Rosendo... ¿Dónde estará Rosendo?

LUCAS. Mira. ¿Quieres creerme? Vete á dormir, y cuando venga, yo te lo avisaré.

LUCIA. ¡Ay, no! D. Lucas, no podría dormir pensando...

LUCAS. ¿En quién? ¿en Rosendo?... Te alabo el gusto, pequeña. He podido conocerle, y por ello y lo que ahora hace, se ve lo que vale. A los hombres es preciso estudiarlos en la hora del dolor y cuando no obran en público ni cuentan espectadores. En privado, en privado se conoce al verdadero hombre.

LUCIA. Qué cosas tiene usted, D. Lucas. Pensaba en que no había cumplido mi encargo.

LUCAS. Pues bueno, fíate en mí, hija mía, y yo...

LUICA. Sí; usted, usted... El otro día habló usted con la gracia de siempre sobre ese sistema cómodo que llama usted español pure sang, de procurarse la vagancia con trasmitir quehaceres de los unos á los otros. Del Ministro al Subsecretario, de éste al Director, al Jefe luego, á otro de aquél, y así siguiendo, enumeraba usted una larga lista de la que daba por resultado, por falta de disposición concreta, cuando menos, que se apedreaba á los peregrinos ó se deshacían los trenes descarrilados y salian maltrechos y tullidos, rotos y despachurrados los vecinos honrados y pacíficos.

LUCAS. Anda, que ya no diré que se pierden para todo el mundo las lecciones. De veras, hija mía, Rosendo salió, y nadie sabe adonde fué ni cuando vendrá... no pienses por ahora en él y cumple la otra parte igualmente interesante del encargo y que veo te preocupa menos.

LUCIA. ¿Cuál?

LUCAS. La de descansar tú, como ofreciste.

LUCIA. Es verdad... Adios, D. Lucas, y si se agravase mi padre, le ruego que no me lo callen tampoco.

LUCAS. Sí; y te ofrezco que no haré lo del ministro, que se debe á la nación ó á quien le dió el encargo. Es decir, que velo y te reemplazo yo mientras tu sueño, y para desatender mi deber, primero haré la dimisión; esto es, te participaré que me debes relevar... Adios...

ESCENA V.

D. LUCAS.

LUCAS. Este será el retén al lado del puentede servicio durante la borrasca. Velaron las niñas y una extraña que reemplazó á la madre... Y querrán luego esas señoronas defender derechos naturales... si el corazón va hacia quien

le llama, le mima y le satisface. ¡Como en la mar! ¡Lo mismo! ¿Qué puerto preferimos? ¿Cuál? El que nos abriga... No el más bonito, ni el de la nación más rica, ni... El que, feo ó deslucido, triste ó apartado, abrigo nos ofrece y seguridades, sobre todo seguridades, que equivale á garantía moral en política, lo mismo en días serenos que tormentosos... De seguro que Mahón más feo es que Barcelona... Y no habrá hombre de mar que deje aquél por este ni un instante. Si se quiere una cana al aire, se echa uno á tierra y desde el Havre á París se vuela en el tren rápido; pero para la vida honrada, y sana, y seria... quietud, uniformidad, todo en orden, en paz y bienandanza, sin rizos en las velas, ni foques, petifoques ni arrumacos, sino á sus anchas, como Dios las hizo y para lo que deben emplearse... No como estas mujeres del día que quieren ser mujeres á la moda... que ni abrigan, ni cuidan, ni guardan, ni quieren... ¡Para que me case yo!... En eso digo lo que Ravachol decía cuando la Marquesa le preguntó por qué no se casaba. «Cuando encuentre mujer que se educara sola, ó halle una hija de una madre bien educada. Ja!... ja!... ¡Buena se puso la Marquesa al oirle!... Pero en nombrando al ruin...

ESCENA VI.

LUCAS, MARQUESA

LUCAS. Buenos días, señora Marquesa. ¿Ha madrugado usted mucho?

MARQ.ª Hoy era natural; como no se acostó bien mi esposo, el señor Marqués.

LUCAS. Ya... Pues el señor Marqués, su esposo, está mal según parece.

MARQ.ª El susto no es para menos... Crea usted que debió ser grande el susto.

LUCAS. Yo no he llegado á ver el agua clara, como decimos

abordo... Busco los diarios de anoche, y nada dicen... los de hoy... y tampoco hablan más que vaguedades... las hojas sueltas, mil que se han publicado... nada... Y como hoy no he rodado ni saludado una redacción.

MARQ.ª Pues ayer en la embajada Inglesa... Como había complicado un súbdito de esta nación.

LUCAS. ¿Qué?

MARQ.ª Sí... nuestro Mr. Broon

LUCAS, ¿El mayordomo? Entonces la bomba que era para ustedes, la dedicó al congreso.

MARQ.ª Iba, según dicen, á mi marido... Eso fué lo que hizo al Marqués, el héroe del día, porque la envidia, sin duda, de verle ya ministro, disparó contra él la dinamita.

LUCAS. ¿Pero no fué un ugier?

MARQ.ª Sí, pero el ugier era solo el instrumento... la mano alevosa era la de ese señor, que prefiere las cenizas de su casa, y rodando por ellas su corona ducal, á la pompa y al brillo de la grandeza hereditaria.

LUCAS. Perdón. Marquesa... no se si el extravio habrá hecho presa de esa cabeza, que ha de ser mayúscula para dominar su corazón inmenso, pero el que ustedes llaman Ravachol, ama, como nadie, las grandezas de acción, y cree el primero que se han de perpetuar de un país los hechos grandes y gloriosos, estimando las fundaciones nobiliarias á guisa de monumentos, con que un pueblo inmortaliza sus glorias, así individuales, como de época determinada.

MARQ.ª ¿Pues no hicieron hechos grandes sus mayores?

LUCAS. Sí... y del libro de la historia, nadie arrancará centenares de páginas que los enumeran... pero el padre claudicó, y el descendiente ha puesto un crespón sobre el escudo de sus abuelos... Avido y afanoso, con marcado patriotismo, se dá al constante sacrificio, á la abnegación sostenida, cuyo ejemplo enseña siendo campeón constan-

te de la verdad, al heroísmo duradero, que es superior al rápido y fugaz, nacido á veces de las circunstancias del momento, y no del preconcebido ánimo del patriota... Vea usted en otro ejemplo vivo, y está indeleblemente escrito, lo que todos dicen del desprendimiento de sí mismo, que hizo y hace el caudillo de Cuba, del Norte, y de Melilla. ¿Habrá en estos días prestigios que á su nombre igualen? Por la universal aclamación dedicada con unánime acento á Mr. Carnot, se aprecia, sin confusiones, la aureola brillante que le acompaña, aún librando de la bomba anarquista, reventada bajo las patas de su caballo de batalla.

MARQ.ª Ese heroísmo de Ravachol, no dirá nadie que está en instigar á un dinamitero. En tirar la piedra, y esconder la mano.

LUCAS. Cuando vea eso, lo creeré... En tanto no se nada, no digo nada... No obró nunca ese prócer amagadamente, y de los leales, espere usted siempre lealtades, como del traidor de una vez, vendrán, tarde ó temprano, más traiciones. ¿Vió usted algo en el congreso?

MARQ.ª Sí; á mi marido en unas parihuelas... y las gentes que lo rodeaban, mudos todos y compungidos, sin chistar, ni osar hablar; pero ayudándonos...

LUCAS. ¿Pero habló usted con alguien del suceso?

MARQ.ª Con nadie; ¿no oye usted que nadie dijo una palabra, y solo ¡ah! ¡oh! y suspiros, y... naturalmente... qué se ha de decir cuando un hombre está abriendo su cartera de ministro y lo despedazan los envidiosos de un tiro, ó de una bomba de dinamita lo destrozan?

LUCAS. (meditando.) Pero ¿y en ese baile á que creyó deber ir... nada se decía tampoco?

MARQ.ª Nada... no le digo á usted que todo el mundo guardaba reserva, porque se trataba de un súbdito inglés complicado.

LUCAS. Pero...

MARQ.ª Los que me saludaban preguntaban por la salud del Marqués, encontrando que yo obraba con toda diplomacia, apagando con mi presencia todo género de conversaciones que no convenían al ministerio vacilante.

LUCAS. ¿Y nadíe entró en materia?

MARQ.ª Sí; dos ó tres de los más íntimos, y personas de talento, que desbordaba por sus palabras, me dijeron: «Señora Marquesa: los ministros han de ser amigos del Presidente... no hay más... Está probado... y en cuanto el señor Marqués salga á la calle y visite al Presidente...

LUCAS. ¿Qué?

MARQ.ª No decían más; pero lo demás se entiende.

LUCAS. Ya... (aparte.) Esta señora idealiza...

ESCENA VII.

DICHOS Y GILDO

GILDO. La última hora, señor...

LUCAS. ¿De qué?

GILDO. De «la política española.» ¡Esta sí que viene buena!

LUCAS. ¡Dios te oyera!... Venga... (después de rápida general mirada.) ¿Qué dicen estas grandes letras? ¡Ah! (lee.) ¡Al fin habla el patriotismo!

MARQ.ª ¿Qué?

LUCAS. Eso dice el epígrafe... Véalo usted.

MARQ.ª ¿Cómo es eso? (con desconsuelo.) si no veo...

GILDO. (Declamando de corrido y con entonación, aunque diciéndolo de memoria.) «Un acto verdaderamente nuevo en nuestra po»lítica, acaba de evidenciar que no siempre caen en saco »roto las lecciones de la verdad y de la experiencia.»

MARQ.ª ¿Quién le dió á usted vela aquí? Despeje usted.

GILDO. Señora, eso dice la política del día.

MARQ.ª ¿Callará usted?

Lucas. Señora, yo le ruego deje usted á Gildo recitar como el fonógrafo lo que la Política y Heraldos publicaron hoy. Eso es servir de otra forma que cuando pone la mesa y escancia la botella. (á una señal de D. Lucas.)

Gildo. (sigue.) «Entraremos seguramente en un periodo de se»lección. Entraremos en la era de apreciar el verdadero »peso é influjo de condiciones y cualidades para regir los »puestos de la nación, para los cuales no se tuvo antes en »cuenta al hombre en privado, al hombre sin máscara, »al hombre en su secreta conducta y en su constante pro»ceder particular. Diremos que hemos llegado al verda»dero camino de salvación si se sigue el patriótico ejem»plo de la persona llamada ayer por el señor Presidente »del Consejo de Ministros, quien con una habilidad ma»yor que la demostrada durante su larga carrera política, »pues así logra honrosísima caida, hubo de subordinarse »á la opinión unánime del Congreso.

Lucas. ¿Dice eso? ¿crees tú Gildo, acaso, que puede haber unanimidad allí?

Gildo. (Señala el sitio del periódico.) Sí, señor, como está escrito «unánime.» «No hubo allí sino una mayoría; no la del »gobierno, la de siempre, sumisa á la consigna que pre»side las votaciones y de atento oido á la funesta esqui»la; no una mayoría sin criterio, ni la oposición sistemá»tica frente á los proyectos mejor fundados y solo com»batidos por cobijarlos la paternidad gubernamental... »El señor Duque de la Escelsa Nota (perdónenos este se»ñor la indiscreción de nombrar el título que no usa y »de que es heredero por línea la más corta. El Sr. de »Garcí-Pérez de Fernan-Lope Gutierrez, que sabemos no »desdeña los laureles de sus abuelos, pero ansía sembrar»los por su mano, y á quien no sonará mal que la sana »opinión le confirme un título que, de hoy más y dadas »las circunstancias de su viril palabra restableciendo la

»verdad de los hechos, y su valor heróico durante la se-
»sión de ayer, salvando á la nación de una verdadera he-
»catombe en el Congreso de los Diputados, podrá osten-
»tar con satisfacción completa, por aclamarle con derecho
»á esa nota sus conciudadanos. Fué llamado este señor,
»decimos, por el señor Presidente del Consejo, dispuesto el
»último á resolver rapidísimamente la crisis parcial del mi-
»nisterio, ratificada en él, como jefe del gobierno, la con-
»fianza de la corona. Le preguntó el Sr. Presidente del
»Consejo el nombre del verdadero autor del maravilloso
»plan de Hacienda entreabierto ayer á las esperanzas de
»la patria, cuyos representantes en Cortes, como tal es-
»peranza lo acogieron. La respuesta había de contener
»naturalmente repetición de cuanto oyó la Cámara, des-
»pertando entre los Sres. Diputados la aclamación á que
»se debe la entrevista que describimos. Respondió lisa y
«llanamente al jefe del gobierno que constaría en las
»cuartillas del *Diario de Sesiones* ese nombre, porque ja-
»más había mentido, siendo la verdad su norma fija y el
»total programa de su vida, y lo dicho ante la asamblea
»era tan exacto como cuantas palabras salen siempre de
»su boca, ya que para él, sumiso á los principios del Ca-
»tecismo, que es el más liberal de todos los programas
»políticos, no encuentra nada tan feo como la mentira, en
»la que se abarcan desde el más venial de los pecados
»hasta el más horrendo de los crímenes—fueron sus pa-
»labras—arrancando de esa consideración un entusiasmo
»nunca visto y que le cabe al actual gobierno la alta
»honra de que se registre, bajo su situación, con esa una-
»nimidad de todos los partidos, para la presentación de
»un candidato ministerial.

MARQ.ª (durante todo el recitado anterior, no habrá cesado de querer interrumpir, calmandola de continuo D. Lucas.) Constará en el Diario de sesiones... Claro, mi marido...

LUCAS. No sé... Yo ni estuve... ni leo ese Diario... Pero hoy lo leeré...

MARQ.ª Traiga usted luego á escape, el Diario de sesiones de hoy.

MARQ.ª Siga usted, Gildo, siga.

GILDO. (diciendo lo que ha aparentado leer mientras se hablaban.) Pues nada mas sino que el Sr. Duque ha dicho al Presidente, con entera energía é irrevocable resolución, que sin una selección ministerial detenida, escrupulosa, para el logro de absoluta moralidad, él no aceptaría cargo ninguno de la nación, porque sería ineficaz todo esfuerzo parcial en esas y en todas las esferas, é ilusorio era el mejor plan económico sin un esfuerzo completo: que eso no obstante, como buen español, seguiría trabajando privadamente en pró de todos los intereses del país, porque para amar á España y servirla, no se necesita ser ministro, ni senador, ni diputado, ni otra cosa que español: querer hacerlo.

LUCAS. Realmente quedo estupefacto, y hoy sí quisiera no tener nublada la vista porque todo eso parece un sueño y esto sería más creible que aquel hipócrita grito de España con honra. Ahora sí que he hallado el patriotismo.

GILDO. ¡Ah! dice más (volviendo á mirar el periódico al que consultaba mientras D. Lucas habló.) y me olvidaba de este párrafo final. (lo recita.) «Nosotros que, no nos duele el decir»lo, ansiamos el ejemplo cuando el ejemplo es bueno, »sin mermar aplausos á aquel de quien proceda, ni des»deñar seguirlo do quiera se presente, nos congratulamos »de que una vez al fin, después de haber tomado tanto »malo, copiemos hoy de la Francia republicana el que »nos da dedicando una atención preferentísima, cual lo »demuestra en dos consecutivas é idénticas aunque dis»tanciadas ocasiones, á las condiciones del hombre en »privado, ya que ellas son las únicas sólidas garantías del

»funcionario público. No vacilamos en alabar el ejemplo »grandilocuente de la nación vecina. Amantes de la mo»narquía, no por ser monárquicos solamente, sino porque »somos españoles, sabido como es que en España ha sido »y es más preciso é indispensable que fuera de ella ese »freno á las ambiciones que brotan en los sistemas avan»zados, raras como son en la humanidad las virtudes ex»cepcionales, hemos de apetecer que el ejemplo que se ha »dado al mundo en la selección escrupulosa que ha presi»dido por dos veces la votación del supremo magistrado »de aquella rica, inteligente y laboriosa nación se con»vierta en sistema al elegir personas para los cargos de »su administración en esta noble y fecundísima tierra es»pañola que tantos frutos sazonados diera de ese modo, »cual debe á las virtudes de la augusta persona que la re»genta, los respetos del exterior y la paz interior de que »disfruta.»

LUCAS. ¡Bravo, bravo, bravo! Eso parece escrito por mí.

GILDO. (sigue.) Acaba de este modo: «Discutidme, ha dicho como »primera palabra Mr. Casimiro Perier. Discutidme, que »por entero pertenezco á la discusión; pero que ésta ni »un minuto olvide el interés sacrosanto de la patria.

LUCAS. Búscame bajo del suelo ó de los mares mis anteojos, gafas, antiparras, vidrios, cristales ó lo que sea de alcance para mis ojos nublados, no sé si de ceguera en este instante, ó de emoción al oir esas frases que en su mismo laconismo prueban que tan sentidas son como levantadas...

GILDO. Yo hallaré espejuelos de aumento para el señor á escape...

MARQ.ª Y el Diario de Sesiones; ¿oye usted? Quedo atónita, don Lucas...

LUCAS. Y cariacontecida, Marquesa... sí, sí, lo veo... lo veo.

MARQ.ª Pero ese hombre habrá hablado por su cuenta, porque el

señor Marqués no tiene la pretensión de valer más que el Presidente del Consejo de Ministros, y en cuanto le llamen...

LUCAS. ¿Quizás le habrán llamado? (guaseándose.)

MARQ.ª ¿Cómo?

LUCAS. Sí; tempranito trajo un oficio para él un ujier del Congreso.

MARQ.ª ¿Y dónde está?

LUCAS. Le dije al criado que buscase al secretario del Marqués.

MARQ.ª (Llama.)

ESCENA VIII.

DICHOS, Y GILDO

MARQ.ª ¿No trajeron un oficio para el Sr. Marqués?

GILDO. (Tomándolo de sobre una mesa.) Sí, señora Marquesa. El señor (refiriéndose á D. Lucas.) dijo que se le llevaran al señor Secretario... y como este señor no ha venido y me dicen que ha mandado llevarle á su casa el Diario de Sesiones que la señora Marquesa acaba de pedir, guardé el oficio y aquí lo deposité (se va al lado de D. Lucas y le dice) El señor perdone, pero hallé estas gafas y tal vez...

LUCAS. (Probándoselas.) Magnífico... Son mías... son mías...

GILDO. Son, señor, de la costurera... pero...

LUCAS. Dile que se las compró Gildo, que hoy sin este artefacto, estoy inútil. (se pone á repasar los periódicos, con grandes muestras de aprobación, y el criado presenta á la Marquesa el oficio que la pidió, y se marcha.)

ESCENA IX.

MARQUESA Y DON LUCAS

MARQ.ª Traiga usted (va abrir, pero lee el sobre y se interrumpe de pronto y dice:) No, caramba; que me amenazó con el di-

vorcio el Marqués, al mes de casados, si volvía á abrirle un sobre...

LUCAS. ¿Por eso? severo es...

MARQ.ª Casi abordaba la pena, si no fuese porque me llama la política.

LUCAS. Ya lo creo, y ser Ministra... coche de galon... recepciones régias... casi competencia á la corona... En estos tiempos...

MARQ.ª Sí; (desdeñosa.) ¡en plena democracia!

LUCAS. ¿Democracia, Marquesa? Si hoy no actuan de demócratas más que los monarcas, y los verdaderos patriotas, que no están de moda... Lo que hoy priva, es ser cacique con cara de nerón y visaje de caligula, al no vestirse para el Club ó el meeting, como ahora se dice.

ESCENA X.

DICHOS, Y LUCIA

LUCIA. Mamá... mamá... Tengo que decir á usted, que he recibido carta de la superiora, digo, de la Directora.

LUCAS. ¿Pues no es la misma?

LUCIA. Sí; pero ella nos tiene prohibido, á las discípulas, que hablemos del convento ante la sociedad, Dice, que las frivolidades sociales, se avienen mal con las prescripciones de olor clerical.

MARQ.ª ¿Qué?... ¿y qué escribe esa señora?

LUCIA. Esa señora me contesta á una cartita que me devuelve, para que se la lea á usted con su respuesta. ¿La leo?

MARQ.ª Sí... veamos que tonterias...

LUCIA. (lee.) Sra Madre superiora etc., etc. Venerable y venerada señora mía. Dispenseme deposite en su alma mi primer secreto. He conocido un joven, que según lo que mi corazón y mi cabeza, dicen, reune las primeras cualidades que deben adornar á... (Perdonenme que calle...)

(sigue luego de una pausa.) Ese joven se llama Rosendo de Alba. Yo le ruego á usted me diga, si puedo quererle. Dispenseme usted señora, y sigue admirándola y recordando sus cosejos maternales, su hija en Jesús.

MARQ.ª ¿Qué dice esta chíca?... ¡Rosendo!... ¡Rosendo!... ¿Y se ha atrevido ese joven? Tome usted. Ahi tiene usted la mayordomia... Pues nada; que era preferible... ¡Qué digo!...

LUCIA. No mamá... no te asustes... Si Rosendo no me ha mirado siquiera... Si no le he visto, desde antes de las carreras... Esa carta la escribí, por que en el mall coach, el Duquesito de *Zús*, me hizo una declaración formal, pidiéndome le amase, y no dijera á usted nada... ni á nadie, y que nos veríamos á solas, por una tapia del jardín

LUCAS. Anda... anda... Ahí tiene usted, Marquesa, su mall coah, bien adornado de coronas... ¡Brillante aspecto para la envidia, verle rodar con altura magestuosa y llamativa, haciendo rechinar la arena del paseo, de vuelta de las carreras!... ¿Creo que no se disgustará usted de las últimas?... Grand suecé.

LUCIA. Pues á Luisa, le pasó lo mismo con el Marqués de Ré.

MARQ.ª ¿Y que ha hecho Luisa?... veamos...

LUCIA. Lo mismo que yo. Intimamente unidas, como nos enseñó la superiora, digo... bien... Hablamos las dos, y decidimos consultar á la madre... á la Directora, si podríamos amar á los que nosotras elegíamos de entre cuantos hombres conocemos.

MARQ.ª ¿Y Luisa... elige como tú?

LUCIA. No, mamá; uno para cada una. Luisa, elige al que no quiere más títulos, que sus nobles acciones.

MARQ.ª Puff... Lo que mi marido ansiaba conseguir... Ese hombre siempre...

LUCAS. Eso si que se llama selección.

ESCENA XI.

DICHOS, Y GILDO

GILDO. Ultima hora del «Veridico»

LUCAS. A ver, á ver... Dispénseme, Lucia. (lee con trabajo.) El Presidente del consejo no está de vena, decididamente. Vamos no veo tampoco. (recitando Gildo, aunque declamando algo grotescamente.)

GILDO. «Nuevo desaire, le ha valido la llamada que hizo á su »casa del autor del plan salvador de nuestra Hacienda, »traido por un hombre nuevo, como no hay duda que »nuevos deberán ser los hábitos en que se inspire hoy »un jefe de gobierno, que á toda vanidad personal y con»sideraciones de cualquier índole pequeña, y de su pecu»liar antojo ó conveniencia, debe siempre anteponer la »norma verdadera del amor á la patria. Loor al adalid, que »acaudille selectas huestes, y sólo se avenga á hombres »escojidos. Loor, á quien decidido cobija pensamientos »definidos y concretos, y energías bastantes para decir al »país toda la verdad. Loor también, al hacendista que á »sus talentos económicos, reune ejemplos y abnegacio»nes que enseñar, como las de su íntimo amigo al que se »subordina. Ratificó este, al Sr. Presidente, la misma »contestación dada por aquel, encontrandose el interpe»lante en un callejón sin más salida, que la decorosa re»signación de sus poderes, para que puedan entregarse, »al que más que la opinión, la conciencia pública señala. »¿No habrá de tener España carácteres y condiciones, »sino iguales, acomodables á las de nuestros protagonis»tas, que si uno tiene el estudio ejercitado para esas la»bores de constancia del hacendista, el otro revela tener »ejercitados, también, con el profundo estudio y la erudi»ción y una palabra arrebatadora, dotes de mando y de

»independencia, para no subordinar sus ideas, al afan de »una cartera, ni de la influencia que con las componen»das se obtiene?»

LUCAS. Luisa y Lucía, si que van á ser Ministras. Marquesa... Esto esta-visto, Marquesa; ahora que están ustedes aquí, me perdonarán una arribada forzosa á las redacciones... Es hora de saberlo todo. (se va y el criado, también.)

ESCENA XII.

LUCIA, MARQUESA Y LUISA

(que ha oido las últimas frases.)

LUISA. Mamá serás la madre de las ministras. Mira lo que me escribe la superiora.

MARQ.ª ¿Qué dice?...

LUISA. Dice, ante todo, que papá y tú, son los únicos que tienen autoridad sobre nosotras, y á quienes principalmente hemos de oir; luego en sintesis, añade que Rosendo y su amigo, han ido á verla al convento, y queriendo ocupar su espíritu en actos agenos á la política, y que sólo obedezcan en el momento á sentimientos de otra clase, le ruegan interponga la influencia que con nuestros padres tenga, para que admitan su petición formal, del permiso que necesitan, para exponernos la preferencia que dedican respetivamente, á mi hermana, y á mí. Añade, que Rosendo, si es correspondido por Lucía, ofrece no pedir el señalamiento de día para la boda, hasta que su bufete de abogado, le asegure los medios para atender á las necesidades de la familia, que desea completar al lado de su señora madre, si su preferida Lucía. acepta compartir con él, el cariño profundo que ha de conservar á esta, mientras viva.

MARQ.ª Vaya una carta larga.

LUISA. Aún dice más, pero no puedo leerlo.

MARQ.ª ¿Que dice... á ver?...

LUISA. Obedezco. (lee.) Tanto uno como otro pretendiente, hacen un largo preambulo para escusar el dirigirseme, fundándolo, en primer lugar, en la creencia de que pasaron las niñas, más horas que en su casa, en este santo asilo.

LUCIA. Ya lo creo. La nodriza misma nos llevó á él, y el primer día que salimos fué para concurrir á un baile de Palacio en que las mamás eran convidadas para que llevaran á sus hijas.

MARQ.ª Bueno... está bien todo eso y comprendo (dirigiéndose á Luisa) se admita tu pretendiente que es rico, más que nosotros, y titulado de abolengo... más antiguo que el nuestro; pero el de Lucía ya podrá pretenderla después de enriquecido, porque abogados los hay á miles y le hemos visto aceptar el cargo de maitre d'hotel, apesar de tener esa carrera.

LUISA. Ya ves que D. Lucas dice que será ministro.

MARQ.ª Si es cierto que le ofrecieron una cartera y no la aceptó, no lo será... que la suerte no se asoma dos veces á la misma puerta... Quien será ministro es tu padre, y de seguro ese oficio de la Presidencia...

LUISA. Consulta, pues, á papá.

MARQ.ª Tu padre no se ocupa de esas cosas... ¿Y qué crees diría tu padre?

LUISA. Mi padre, de seguro, sé lo que diría...

MARQ.ª ¿A ver?

LUISA. Pues contestar á Rosendo que se le concede la mano de Lucía cuando sea ministro.

MARQ.ª Bueno... Eso es diplomático, como dice el Marqués, porque no lo será nunca.

ESCENA XIV

DICHOS Y LUCAS

LUCAS. Ya estoy aquí. ¡Y lo que he corrido!

MARQ.ª. ¿Qué hay?

LUCAS. Que ahora sí que hablan los periódicos (trae muchos) míre usted El Imparcial de ahora. Algunas veces lo es de veras, y así conviene sean los que forman la opinión. Hallé buenos vidrios y ahora he visto tan claro que casi sin leer veo lo que dicen (hojeando y como leyendo para sí.) Ajá... Aquí lo tiene usled, Marquesa... Lucía, ya puedes prepararte tocas y azahares.

MARQ.ª ¿Qué?

LUCAS. Nada, que el *Verídico* es el maestro único, dice este Imparcial, y no cabía otra cosa que herrar ó quitar el banco... Hoy juran los ministros...

MARQ.ª ¿Quienes?

LUCAS. Duque de la Escelsa Nota, Presidente... Rosendo, Hacienda...

LUISA. D. Lucas, los demás no nos importan.

LUCAS. ¡Pero os deben importar!... ¡Vaya!... ¿Sereis tan egoistas?... ¿Ya empezamos?

LUISA. Fué un instante inevitable... Perdón, perdonen ustedes... ¿Qué sería del mismo Presidente si todos no le ayudan?

LUCAS. ¿Y de la patria? ¿Decid? ¡Buena anda ella para que la posterguemos! A Dios lo que es de Dios, y al Cesar solo lo suyo.

LUISA. (animada.) Sí, señor, sí. A esa todos nos debemos. Y no olvidaré que verdaderas autoridades dicen que el amor á la suya dió la última victoria á la Alemania contra Francia...

LUCAS. Leyendo á Zola en su «Debacle» te convencerás de que esa derrota la hubiera salvado Francia extremando el patriotismo.

LUISA. De todos modos, no será de mi incumbencia entrar en tales averiguaciones...

LUCAS. Eso es lo sensato; pero en el altar de la familia ha de tener grada preferente el patriotismo. Con ese amor bien arraigado, profundo, sostenido, verdadero, sin palabrerías ni arengas vanas, cuya moda pasó y de cuyo abuso así nos vemos, y con la fe de nuestros abuelos, íntegra, sincera, practicada en lo privado para que trascienda al orden de lo público, se hallarán latentes y vigorosas las energías necesarias y justas, justas y resueltas para estirpar la semilla de los Ravacholes. Por de pronto, ya queda uno arrepentido. El de ayer.

LUCIA. ¿Si? Triunfó el afan de la madre de Rosendo. Voy corriendo á participárselo.

ESCENA XV

DICHOS MENOS LUCIA

LUCAS. Miren ustedes. Este periódico nuevo «El Verídico» lo dice. (leyendo.) «El desgraciado ujier del Congreso...

LUISA. ¡Ay D. Lucas, no lea usted cosas tristes! Pobre hombre, ¡tiene bastante con voz de remordimiento!

LUCAS. No; si estuve en las redacciones, y allí se sabia todo de pé á pá. (mirando el periódico, pero sin leer, aunque sus palabras coincidan ó sean, las que ha leido y trata de repetir.) La verdad, lo ha logrado todo. Empezó el Sr. Duque, incansable en sus propósitos, por decirle al presunto reo, que no era sino relativamente culpable, porque nació su crimen del error de su padre Mr. Broon, entendiendo al reves doctrinas confundidas, por sus oidos, y sus iras, un día que habló del anarquismo en la mesa de esta casa. El desgraciado ujier, confeso de tentativa de delito frustrado, ha declarado, que si hubiese visto en la Cámara, uno solo de los señores diputados, á quienes por medio de anó-

nimo avisó que huyeran del peligro, no hubiese colocado el explosivo. Que apercibido desde los pasillos, del éxito que se labraba la lectura del plan económico, un vértigo indomable, le hizo verse dañado sin motivo, por el que aparecia autor de aquel; despojado de su destino injustamente; sin pan para sus hijos; desolado y ciego, voló á su casa, donde su padre Mr. Broon, escondía esas máquinas infernales, fabricadas también, en desesperaciones por malos tratos de su amo; escribió en mimiógrafo los lacónicos anónimos de aviso, para cuantos le habían favorecido...

LUISA. Gran cosa el valor del Duque, anulando el explosivo.

LUCAS. Y evidente ese valor, porque era uno de los avisados.

MARQ.ª ¡Caramba! ¡Y se quedó!

LUISA. ¡Eso es sublime! ¿Quién resiste á esos ejemplos?

ESCENA FINAL.

DICHOS, Y LUCIA

LUCIA. Mr. Broon, acaba de llegar.

MARQ.ª (alarmada y dirigiendose á los timbres.) Que salga al punto de esta casa.

LUCIA. Viene con tres ramos colosales, que para usted, mamá, y para nosotras, anunciando sus visitas. envían los protegidos de nuestra Directora.

LUCAS. Los ministros, Marquesa, los ministros.

MARQ.ª Podían elegir mejores manos para traer flores.

LUCIA. Mr. Broon, á lo que viene es á humillarse, y confesar su mal momento. Arrepentido, pide perdón llorando como un niño. Yo le he perdonado.

LUISA. Lo mismo yo, y eso, de seguro, hará presa en sus instintos.

MARQ.ª Siempre creeré, que amaga algo malo su visita.

LUISA. Pues ha aceptado usted un ejemplo de generosidad com-

pleta, con Rosendo y su señora madre, toda la noche velando en esta casa.

LUCAS. Nada, Marquesa, que usted profesa ignorados principios de justicia. Y en estos matrimonios, va á ser eso, práctica constante ¿verdad, Luisita? ¿verdad, Lucía?

LUISA. Veremos si lo entiendo yo, D. Lucas, pues estando en el poder debe ser el nuestro el primer óbolo. Los hombres á trabajar, fija la vista en la patria, y con ellos, las mujeres á atender al catecismo.

FIN DE LA COMEDIA.